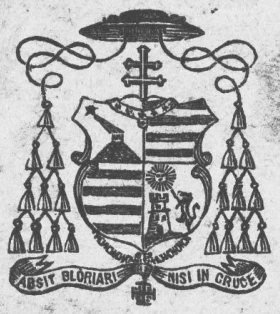
HOMENAJE

A JESUCRISTO REDENTOR

PASTORAL DEL EXCMO. SR. ARZOBISPO

CON OCASION DE LA SANTA CUARESMA



MONTEVIDEO
Imprenta Uruguaya de Marcos Martínez
CALLE BUENOS AIRES, ESQUINA MISIONES
1899

78.95
OLj

Homenaje á Jesucristo Redentor

PASTORAL DEL EXMO. Sr. ARZOBISPO

CON OCASION DE LA SANTA CUARESMA

NOS EL DR. D. MARIANO SOLER, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE, ARZOBISPO DE MONTEVIDEO Y ADMINISTRADOR INTERINO DE LAS DIÓCESIS DEL SALTO Y DE MELO;

Al Venerable Clero y Fieles de la República, salud y paz en J. C.

«Todas las naciones se postrarán ante él y reinará sobre todos los pueblos.»

El real Profeta. [Psal. 21].

Encontrándonos, amados fieles, dentro del trienio de preparación para el solemne homenaje á Jesucristo Redentor que, con ocasión del próximo vigésimo centenario de la redención del género

humano, se apresta á rendirle el órbe entero, nada nos ha parecido mas á propósito, al tener que dirigiros la palabra pastoral con motivo de los dias clásicos de la Santa Cuaresma, que demostraros cómo Jesucristo cumplió su misión divina de Mesías prometido al género humano.

Así que, no solo os harémos ver cómo El constituyó la expectación de los siglos en esa gran esperanza de las naciones y de la humanidad acerca del Mesias esperado; sino tambien cómo en *El Crucificado*, objeto especial de nuestra veneración y culto en los dias preciosos de la Cuaresma y de la gran Semana, se realizó divinamente todo lo anunciado al género humano por los profetas, quedando así constatada la divinidad de Jesucristo Redentor.

Escuchad, pues, con grande interés y cristiana atención el relato sublime que vamos á exponeros, basándonos completamente en las santas Escrituras y en la historia, pues creemos que este recuerdo nunca será mas oportuno que en estos dias santos y cuando se trata de preparar el ánimo de los creyentes á rendir un solemne homenage á Jesucristo Redentor.

Y desde luego, si nos remontamos á

los orígines, no podemos dejar de ver ¡cuán tristes y aciagos fueron los cuarenta siglos que caen al otro lado de la Cruz! El mundo entero había caido bajo el yugo de las legiones romanas, y las naciones vencidas y humilladas gemian en la degradación, en la servidumbre y bajo el afrentoso despotismo imperial: todo era corrupción y tiranía. Tal era el estado del mundo y de la sociedad antes de Jesucristo.

Mas ¿era para llegar á ese estado que Dios había creado y hecho libre al hombre? Y como consecuencia de esta situación, la libertad vagando á la ventura, precipitándose como insensata en todo género de excesos ¿había de merecer, por una justa represión, que se la encadenase como á una vil esclava en sus formas visibles? Acaso su suerte se había fijado definitivamente y había tocado su última perfección? Por ventura el reinado del capricho y de las pasiones, templado por el terror del despotismo, había recibido su sanción para siempre? Los pueblos no lo creyeron. ¡Esperaban!

En tanto que gemían abatidos bajo la mano de hierro de sus opresores, se escapó de los últimos latidos libres de su corazón un grito de esperanza, que, repi-

tiéndose en distintos ecos vino á turbar la alegría de los tiranos y vencedores.

Desde el primer dia de la caída de Adan, orígen de todos los males, Dios había prometido un Redentor; y la humanidad decaida conservó en esa promesa la esperanza de un Mesías universal. Esta expectación se realiza en Jesucristo.

I

En efecto; ya los romanos no podrán contar con el poder y el orgullo de sus pensamientos y de sus conquistas: su imperio ya no será largo, por más que se crea eterno; pues la hora ha llegado ya en que un nuevo imperio se establezca sobre los escombros del suyo.

Asi vemos cómo los graves escritores, los poetas ilustres, los grandes historiadores nos refieren aquella espectación ansiosa, que era el único consuelo del mundo oprimido.

Cicerón cuenta cómo los antiguos oráculos de las Sibilas habían anunciado, para un tiempo muy cercano, la venida de un Rey, á quien era necesario reconocer para poder salvarse.

Virgilio canta la venida de la última edad, que habia predicho la Sibila de

Cumas y el nuevo órden de los siglos que de ese punto había de volver á comenzar.

Tácito, Suetonio y Josefo aseguran, casi en los mismos términos, que en todo el Oriente existía el rumor de una antigua opinión, segun la cual estaba señalado en los destinos del mundo, que por aquel tiempo había de verse *salir de la Judea á los que regirían el universo.*

Pero ¿de dónde podían venir esas singulares preocupaciones? ¿Cuál había sido su orígen? ¿Dónde se había tenido, sobre todo, la idea de que los nuevos conquistadores habian de salir de la Judea, país contenido en tan estrechos límites, tan débil y que apenas era advertido en medio de la vasta aglomeración de los pueblos?

Solo los espíritus elevados y que se habían educado y formado en la escuela de una verdadera y profunda filosofía de la historia, podrian haberlo comprendido. Ellos solos podían tener la noción de que no hay sinó una sola verdadera fuerza, la fuerza de la verdad; que la espada se rompe, y solo la verdad prevalece.

Pero entre todos los pueblos, sólo el Hebreo era donde se había conserva-

do la primera verdad, aquella de que todas las demás emanan, y que es la que hace la vida de las naciones, la verdad acerca de Dios; aquel sólo pueblo, á pesar de la corrupción universal de las ideas sobre la naturaleza del Ser Supremo, á quien los paganos habían reducido á tan mezquinas proporciones, había persistido en reconocer y adorar la naturaleza infinita, omnipotente y próvida del Supremo Ser.

Puede comprenderse, pues, reflexionando en ello, que los mensajeros de esa idea tan sublime y útil obtuvieran al fin el triunfo. Pero no era sobre tales consideraciones filosóficas, demasiado profundas por otra parte para aquel tiempo, sobre lo que se fundaban aquellos rumores populares, que circulaban de un extremo á otro del mundo; ellos venían desde mas alto: tenían por orígen la voz de Dios mismo.

Esa voz divina que había pronunciado el *fiat* poderoso de la creación, y á la que la criatura libre é infiel á sus preceptos compelía á pronunciar contra ella una sentencia terrible, se suspendió un instante entre aquellos dos momentos solemnes para cumplir un grande acto de justicia, que era al mismo tiempo

un acto de suprema sabiduría y de infinita misericordia.

Antes de herir con un último golpe á las víctimas de la tentación, el Señor, dirigiéndose al gran culpable, al autor de todos los males, al espíritu tentador, le lanzó una maldición profética, que contenía el gérmen de los destinos futuros del mundo. «*Yo pondré*, le dijo, *una enemistad entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya; y ella será la que ha de quebrantar tu cabeza.*» (Genes., c. 8.)

Todavía encontramos esta narración en el libro sagrado de los hebreos, el mas respetable y, aun humanamente hablando, el mas antiguo de todos los libros; por él tenemos noticias tan preciosas y tan admirablemente concordantes con las tradiciones de los pueblos; en él se halla claramente indicada la lucha futura entre la descendencia de *la mujer* y la descendencia de Satan, lucha terminada al fin por la derrota de este último.

Dios condenaba á Satan á ser un dia vencido por la descendencia de la mujer, y esta sentencia podía considerarse, con buena razón, como el primer oráculo mesiánico acerca de la redención de la especie humana. No era éste,

sin embargo, un oráculo aislado y sin mas valor que el que quiera buenamente concedérsele ó negársele; nó, porque él había sido acogido y apoyado por las tradiciones universales.

Todas las naciones lo han respetado, han creido en él, y sobre esa fé han esperado al Libertador que debía triunfar del genio del mal. Voltaire, Boulanger, Volney convienen y reconocen entre todos los pueblos la universal espectación de un gran mediador, de un último juez, salvador futuro, rey, Dios conquistador y legislador, que vendría del Oriente, polo de todas las esperanzas, que volvería á traer la edad de oro sobre la tierra, y libraría á los hombres del dominio del mal.

¡Cosa admirable! Por todas partes ese Mediador está representado como un Dios de bondad que desciende á la tierra, se reviste de la forma humana, y sufre la persecución y la muerte, para abrir y mostrar á los hombres el camino del cielo.

II

En general se le hace nacer milagrosamente de una vírgen. Ya es *Epaphus*, el niño maravilloso prometido

á la *vírgen-Io* para librar al hombre del buitre roedor; ya es el *Dios del Olimpo*, el *querido hijo de un padre enemigo*, que, según la tradición reproducida por Esquilo, debía ofrecerse en sustitución á nuestros sufrimientos; ya es *Orus* descendiente de *Isis*, al que debía sobreponer sin destruirlo la serpiente *Tiphon*, según los egipcios; que debía nacer de *Isis-Virgen*, según los galos; ora es *Hèrcules*, que ha de ahogar á la *Hydra* de Lerna y devolver á los hombres los frutos de oro de aquel maravilloso jardin de donde habían sido excluidos; ora es el *Mithras* de los persas, aquel mediador que había salido victorioso de *Ahrimanes*; ya es el *Viscnú* de los habitantes de la India, cuya encarnación había tenido por objeto reparar los grandes males causados por la *gran serpiente Kaliya;* ya el *Genteolt* de los mexicanos, que debía triunfar de la ferocidad de otros dioses, traer una reforma bienhechora, y combatir á la *culebra*, que había seducido á la *madre* de nuestra carne; ya es el dios *Thor*, primogénito de los hijos de Odin, y el más valiente de los dioses, que debía vencer en un combate particular á la *gran serpiente Migdard,* y perder él mismo la vida en la victoria: ya es el *Lo-*

gos de Platon, el *Sabio universal* de Sócrates, el *Santo* de Confucio, el *Monarca universal* de las Sibilas, el *Rey* tan temido de los romanos, el *Dominador* esperado en todo el Oriente.

Tal se hallaba, bajo diversas figuras simbólicas, la profecía del *Mesías Salvador* en el fondo de todas las teogonías.

Pero todas esas tradiciones, como es fácil verlo, conservando en un todo la esencia del hecho, le habían transfigurado cada una según su espíritu, le habían representado bajo diversos *mythos* ó imágenes que no le dejaban traslucir sino al través de los colores groseros de un prisma que, obscureciéndose más y más, le harían muy pronto impenetrable.

Pero Dios en su inexhausta bondad sabría procurar el remedio á este nuevo mal. Teniendo compasión de la humanidad, ya bastante infortunada, para dejar perder entre sus manos las verdades más esenciales á su existencia, y hasta las esperanzas de redención que le habían sido concedidas, resolvió cubrir un lugar especial de la tierra con su poderosa protección, sustraerlo á la influencia del reino de Satan y conservar en él intacta la verdad con la memoria de su nombre y de sus promesas, á fin de

que, el día señalado para su venida, el Libertador pudiera presentarse entre los suyos, y hacerse reconocer por signos fijados desde antes como ciertos é inequívocos.

Para llegar á este gran resultado; para sostener durante un gran número de siglos en la vía recta á un pueblo pequeño, rodeado por todas partes de pueblos idólatras, expuesto á las tentaciones, á las persecuciones, al ridículo, á la fuerza, en fin, irresistible del ejemplo, un gran milagro, que no se ha comprendido bastante, un gran milagro era necesario; pero Dios podía hacerlo, y lo hizo.

En la posteridad de un solo hombre justo, Él se escogió un pueblo, prediciéndole los más altos destinos; y, á pesar de todos los obstáculos verdaderamente insuperables, ya extraños, ó ya producidos por ese pueblo mismo, Dios le sostuvo durante *veinte siglos* en la fidelidad y obediencia á su ley.

Pero una razón más particular todavía, una razón principal, ó para mejor decir, superior á todas las demás, mostraba la solicitud de Dios por su pueblo elegido: era que entre los destinos anunciados á este pueblo, había uno que

30683

toca á los más sublimes, á los más inefables designios del cielo.

Tan evidente, aún históricamente hablando, es la misión providencial del pueblo hebreo que en la novísima «Historia universal» escrita bajo la dirección del eminente historiágrafo G. Onken, aunque con criterio asaz racionalista, se hace esta notable y autorizada declaración: «En medio de la multiplicidad de dioses, que reinaba en el mundo, hubo un pueblo escogido por la divina Providencia para fundar y promover la idea de la unidad de Dios: este fué el pueblo hebreo... sus profetas prepararon el advenimiento del cristianismo y por consiguiente el de la civilización moderna».

Hallándose pues todas las naciones sometidas al yugo de Satan, no podían ser dignas de que naciese en ellas el Mediador futuro: Dios restringía las promesas generales hechas en otro tiempo á la descendencia de la mujer, solo á la raza de Abraham, que se había hecho desde entónces depositaria de las esperanzas de la humanidad.

Un día, refiere la Escritura, el Señor se apareció á Abraham en Ur de los Caldeos, y le dijo: «Abandona tu tierra y heredad, deja la casa de tu padre, y ven

á la tierra que yo te mostraré. Yo haré salir de tí una gran nación, te bendeciré, *y en tí serán bendecidos todos los pueblos de la tierra.* Yo te lo juro por mí mismo, *todos los pueblos de la tierra serán bendecidos en Aquel que saldrá de tí.*» (Gen, c. 12 y 23.)

Estas magníficas promesas fueron otra vez renovadas por Dios, casi en los mismos términos, á Isaac, uno de los dos hijos de Abraham, y á Jacob, uno de los dos hijos de Isaac. «Yo seré contigo, dijo á Isaac, y te bendeciré para cumplir el juramento que hice á tu padre Abraham. Yo multiplicaré tus hijos como las estrellas del cielo, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en Aquel que vendrá de tí.» (Genes, c. 26.) «Yo soy el Señor Dios de Abraham y de Isaac, dijo á Jacob; tu posteridad será numerosa como los granitos de polvo, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en Aquel que vendrá de tí. (Ibid., c. 28.)

De esta manera Dios escogió á su pueblo y le reveló claramente que estaba destinado á dar al mundo su Libertador futuro.

Pero no se limitó á esto su bondad. Cuando, volviendo á su perenne reposo, dejó de hacer oir su voz en la tierra, le

envió mensajeros que, iniciados en los secretos del cielo, y desenvolviéndolos con mas claridad de pormenor y mayor precision, luchasen siempre contra la indiferencia y el olvido de los hombres.

Aquí comienza esa sucesión no interrumpida de personajes estraordinarios, únicos en el mundo, que probaron todos no solamente que sabian leer en el gran libro del porvenir, sinó lo que parece inconcebible, que estaban acordes en distinguir en medio de los grandes acontecimientos futuros, uno solo y único entre todos, en presentarlo con todos sus carácteres, y ofrecerlo como el acontecimiento esperado, como el acontecimiento regenerador de la humanidad.

La misión profética fué confiada desde luego á los patriarcas, á los jefes del pueblo, á los reyes: después, cuando las bocas de estos no eran bastante puras para proclamar los oráculos divinos, Dios fué á buscar en otra parte los dignos intérpretes de su voluntad.

Fijó mas frecuentemente su elección en los hombres sencillos y austeros que, viviendo lejos del mundo, en el silencio, la penitencia y la oración, no salian de su retiro sino para venir á llorar sobre las iniquidades del pueblo de Israel, para reprochárselas despreciando los tormentos y la muerte con que muy frecuentemente era recompensado su celo, y para anunciarle, en fin, las terribles calamidades que le amenazaban si no volvia en sí de sus extravios.

Piénsese lo que se quiera acerca de los profetas; pero no por eso será menos cierto que la aparición de esos hombres; la misión que llenaron; la conservación de sus escritos, tenidos como inspirados por el pueblo, á quien reprendían tan severamente, llevados á todas partes, y venerados aún por ese propio pueblo al que en los mismos escritos se condenaba; su correlación maravillosa sobre un hecho cuyos pormenores analizaron pero sin variar nunca en el fondo; el crédito que sus predicciones llegaron á obtener en el mundo, todo esto, decimos, es todavía uno de esos fenómenos que la razón no puede explicar por causas comunes y conocidas.

El patriarca Jacob abrió la era profética; y, tomando la historia de la promesa desde el punto donde Dios la había dejado, reveló á sus hijos cuál de ellos se contaría entre los abuelos del Libertador. «Reunios, les dijo antes de morir, reunios, á fin de que yo anuncie á

Aquel que debe llegar en los dias últimos.»

Cada uno á su turno tuvo su prediccion especial; pero cuando le tocó el suyo á Judá, Jacob le dijo palabras que los otros no habían oido. «Judá, tus hermanos te alabarán, tu mano estará sobre la cabeza de tus enemigos; *los hijos de tu padre se inclinarán delante de tí.* El cetro no saldrá de Judá, ni el príncipe de su posteridad, hasta que venga *Aquel que debe ser enviado, y que será esperado de las naciones.*» (Genes., c. 49).

Despues de esta solemne predicción, el anciano hijo de Isaac se durmió en la paz de una firme esperanza, diciendo: «Yo espero, Señor, al Salvador que Vos debeis enviar.» (Ibid).

Moisés, jefe, libertador y legislador de Israel, que se había elevado ya á la gerarquía de pueblo, apareció en seguida.

Arrojando desde el punto de vista en que se hallaba colocado una mirada profunda sobre los tiempos futuros, descubrió un profeta mas grande que los demàs, y el único que despues de él debería ser tambien jefe, libertador y legislador. «Las naciones cuya tierra poseeréis, les dijo á los hebreos, escuchan á los augurios y á los adivinos; pero vosotros estáis instruidos de otra manera por el Señor vuestro Dios. El hará nacer de vuestra nación y de entre vuestros hermanos *un revelador como yo*: *vosotros le escucharéis*, porque el Señor me ha dicho: Yo suscitaré de en medio de tus hermanos, *un revelador como tú:* yo pondré *mis palabras en su boca*, y él les dirá todo lo que yo le ordenaré. (Deuteron., c. 28).

III

Podemos recojer tambien el testimonio de un profeta extrangero, de Balaam, adivino de Bethor en el país de los armenios, que gozaba las visiones del Omnipotente.

Balac, rey de los moabitas, le hace venir á su campo y le dice: «Ven y maldice á Jacob; apresúrate y detesta á Israel.» Pero Balaam, contemplando á Israel desde lo alto de las montañas, «¿Cómo he de maldecir, dijo, al que Dios no maldice? Ese pueblo vivirá separado de los demás pueblos y no se mezclará con las naciones.» Elevándose despues á mas alta inspiración, el adivino de Bethor arrebatado por una visión inesperada, exclama: «*Yo lo veo*, pero

no está todavía; *Yo lo contemplo*, y aun está lejos de aparecer. Una *estrella* saldrá de Jacob, un *cetro* se elevará de Israel: el *Dominador saldrá* de Jacob, y abatirá á todos los hijos de Seth (es decir, á todos los hombres.) ¿Quién vivirá cuando Dios haya cumplido sus designios? Yo veo unos hombres venir de la *tierra itálica* sobre unos bajeles: destruirán á Assur, á Heber, y al fin *perecerán ellos mismos*». (Núm., c. 23 y 24.)

Entre tanto, segun la profecía de Jacob al morir, la tribu de Judá subió al trono en la persona de un hombre elegido de Dios, que no fué solamente un gran rey, un gran poeta, sino lo que es mas, un santo inspirado por el soplo del cielo.

Embriagado de amor divino, y exaltándose con un sagrado entusiasmo, animó su lira con las celestes armonías que aun resuenan hoy en todo el universo.

Un pensamiento domina siempre en sus cánticos: la idea del Hijo bendecido que se había prometido á su raza, y que la visión profética, llevada á un grado superior, deja entrever á David como saliendo de su propia familia. «Vos lo habéis dicho, Señor, espresa él en su canto; la

misericordia os ensalzará y vuestra verdad se afirmará eternamente en los cielos. Yo he hecho un testamento para mis elegidos; un juramento á David mi siervo: yo le prepararé una raza inmortal; yo estableceré á *mi primogénito* elevado mas allá de los reyes de la tierra; haré su *raza eterna*, y su trono durará tanto como los días del cielo. ¿Engañaría yo á David? Su *raza será eterna*, y su trono se elevará como el sol delante de mi: durará tanto como los astros; *él me es un testigo fiel en el cielo*».

Este admirable salmo termina con la sublime impaciencia de la promesa divina, y con el voto ardiente de verla cumplida. «Oh Dios, vuestros enemigos nos colman de ultrajes; ellos me acusan de lo que *vuestro Cristo* se hace esperar. ¡Qué Dios sea alabado en la eternidad! ¡asi sea! ¡asi sea!. (Salmo, 88).

Sucesivamente se nos enseña que de la descendencia de la mujer, de la raza de Abraham, de la tribu de Judá y de la familia de David nacería el Redentor del mundo. No faltaba á los profetas sino trazar los particulares caracteres que lo distinguirían personal-

mente, á fin de que facilmente fuese reconocido cuando viniese.

Es el Mesías mismo el que va á ofrecerse á sus ojos; es á él á quien ellos van á contemplar; esa gran figura sobre la cual el pasado, el presente y el porvenir van á dirigir sus miradas llenas de esperanza, es la que los profetas van á describirnos con fidelidad y ternura.

Si hay algo que especialmente conmueva en los magníficos cuadros en que han delineado con tanto vigor los contornos de su modelo, es sobre todo la mezcla indefinible de humillación y de esplendor, de anonadamiento y de gloria, de dolor y de alegría, de vencimiento y de victoria, de muerte y de triunfo que le atribuyeron.

Es un rey poderoso el que nos anuncian; es el mas hermoso entre los hijos de los hombres; es también un objeto de desprecio, un leproso, un hombre herido de Dios, un ajusticiado! Ligados contra él los pueblos y los reyes, le postran bajo de sus golpes; pero muy pronto se rie él de sus esfuerzos, les hace encorvar la cabeza, y los obliga á servirle de escabel.

¿En dónde, pues, habían visto esos profetas que las humillaciones conducirían á su héroe á la conquista, y que

un patíbulo debería ser su trono? Prestemos atención á sus palabras inspiradas.

David es el primero que aparece en la liza, y comienza á hacer oir los gemidos y las quejas del Hombre Divino á quien celebra. «¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado? Todos los que me ven me insultan; el desprecio se muestra en sus labios: ellos han sacudido la cabeza diciendo: «Ha puesto su confianza en Dios, pues que Dios le liberte y lo salve! El consejo de los malos me asedia: *han taladrado mis manos y mis piés, y han contado mis huesos*: ellos me han mirado y considerado atentamente: *se han dividido mis vestiduras y han sorteado mi túnica.*»

No acaba sin embargo esta dolorosa lamentación sin que ya se pueda vislumbrar la esperanza á través de los dolores. «Señor, continùa el Profeta, yo haré conocer vuestro nombre á mis hermanos; publicaré vuestras alabanzas en medio de ellos. ¡Oh Dios! vos sois mi alabanza en medio de *vuestra iglesia tan estendida*. Los pueblos *los mas remotos* se acordarán del Señor y se volverán hácia El; todas las naciones se postrarán ante El, *y Él reinará sobre todos los pueblos*. Las generaciones venideras le servirán;

ellas se consagrarán al Señor. *Vendrán aquellos que anunciarán la justicia á los pueblos futuros.* Es el Señor el que prepara estas maravillas.» (Salmo 21).

Estos acentos de esperanza se cambian luego en gritos de victoria. «¿Por qué las naciones se han estremecido? ¿Por qué los pueblos han meditado en vanas maquinaciones? Los reyes de la tierra se han levantado, los príncipes se han ligado contra el Señor *y contra el Cristo.* Aquel que habita en el cielo se reirá de ellos, y les hablará en su cólera: Yo, *yo he consagrado á mi rey*; yo le he consagrado *sobre Sion*, mi montaña santa. Tú eres *mi hijo*, yo te he engendrado hoy. Pídeme y yo te concederé *las naciones por herencia y la tierra por imperio.*» (Ibid.)

En el salmo cuadragésimo cuarto el Profeta se eleva en su entusiasmo, y la alegria del triunfo rebosa de su corazón: así lo espresa cuando dice: «Mi corazón no contiene ya la palabra dichosa; *es al Rey* á quien dirijo yo mis cánticos: mi lengua obedece como la pluma al escritor rápido. Vos sobrepujais en hermosura á los mas bellos entre los hijos de los hombres: la gracia se derrama de vuestros labios, porque el Señor os ha bendecido por toda la eternidad. Armaos de vuestra espada, *¡oh el más poderoso de los reyes!* Revestíos del resplandor de vuestra gloria, y en vuestra sublime majestad marchad á la victoria. Subid sobre el carro de la verdad, de la justicia y de la clemencia, y vuestro derecho se mostrará en las cosas maravillosas que ejecuteis: los pueblos todos caerán á vuestras plantas. Vuestro trono ¡oh Dios! es un trono eterno; el cetro de la equidad es el cetro de vuestro imperio; es porque ¡oh Dios! *vuestro Dios* os ha consagrado con una unción de bienaventuranza, que os eleva sobre todos aquellos que deben participar de ella.»

Después de haber oído estos acentos sublimes de la victoria y del triunfo, parece que David no puede ya elevarse mas sin que su arpa se rompa bajo el poder de sú inspiración; sin embargo, no se detiene; sube hasta el cielo y allí canta la apoteósis del Cristo.

El *Señor* ha dicho á mi *Señor*: «Sentaos á mi derecha hasta que yo reduzca á vuestros enemigos á servir de escabel á vuestros piés. El Eterno va á hacer *salir de Sion el cetro de vuestra autoridad*: vos estableceréis vuestro imperio en medio de vuestros enemigos. *Los pueblos os obedecerán* en el dia de vuestra fuerza,

en medio del esplendor de vuestros santos. El Eterno lo ha jurado, y no revocará jamas su juramento; vos sois el *Sacerdote eterno* segun el órden de Melquisedec. (Salmo 109.)

Asi David cantaba los sufrimientos y los brillantes destinos del Hijo prometido del cielo.

A su turno Salomón describe con grandes rasgos las pruebas por que debe pasar el Mesías. En su hermoso libro *de la Sabiduría* se encuentra este notable pasaje: «Armemos *lazos al Justo*, porque él nos reprocha las faltas contra la ley, y vuelve contra nosotros los errores de nuestras doctrinas; él se vanagloría de poseer la ciencia de Dios, y *se nombra el hijo de Dios.* El se ha hecho el detractor de nuestros pensamientos. Bien visto, él nos es odioso porque su vida es diferente de la vida de los demas, y sus caminos no son los nuestros. El llama dichoso el fin de los justos, *y se jacta de tener á Dios por padre.*

«Veamos si sus palabras son verdaderas; probemos lo que le sucederá; porque *si es verdaderamente el Hijo de Dios*, Dios lo sostendrá y le librará de las manos de sus enemigos. Interroguémosle *por el ultraje y el suplicio*, á fin

de que conozcamos su dulzura y esperimentemos su paciencia. Condenémosle á la muerte mas infame, porque Dios le guardará segun sus palabras. Así han pensado ellos, pero se han engañado y su malicia los ha cegado. (Sabid., c. 2.)

Nadie puede dejar de reconocer al momento á quien se dirigen estas palabras del autor de la Sabiduria, y la predicción ha tenido ciertamente el carácter de una historia anticipada.

IV

Veamos ahora á Isaias, el mas elocuente, el mas sublime intérprete de los secretos de Dios. Digno era sin duda, por la nobleza y santidad de su alma de ser escogido especialmente para contemplar al Mesías en el porvenir, é iniciar la tierra en las maravillas que esta visión le revelara; porque todo su libro no es mas que un canto en cierto modo á la gloria de los padecimientos y de los triunfos del Redentor.

Para comprender bien el poder de la idea profética que le cautiva, y se reproduce bajo todas sus formas, seria necesario abrazarla en todo su conjunto. Desde el segundo capítulo anuncia el profeta que «en los últimos dias la mon-

taña que habita el Señor se elevará sobre las demas montañas; *todas las naciones* vendrán alli en multitud, *porque la ley saldrá de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalem.*» Luego no se encuentra casi un capitulo que no contenga algunas palabras referentes al Libertador, alguna alusión sobre su reino futuro: es un hecho notable para quien quiera examinarlo con una profunda atención.

Recorramos algunos de los principales. «Un dia, dice el profeta, aparecerá en su magnificencia y en su gloria *el gérmen del Señor*, el fruto sublime de la tierra. *La Virgen concebirá* y dará á luz un Hijo que será llamado *Emmanuel* (es decir, Dios con nosotros). El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz; el dia se ha levantado sobre aquellos que habitaban en las regiones osbcuras de la muerte; *porque un niño nos ha nacido*, un niño se nos ha dado: él lleva sobre sus espaldas *el signo de su dominación*: será llamado el *Admirable*, el *Consejero*, *Dios poderoso*, el *Padre de la eternidad*, el *Principe de la paz*. El estenderá mas y más su imperio; establecerá la paz eterna; fundará y afirmará para siempre su reino sobre la justicia y la equidad.... Este vástago

saldrá del tronco de Jessé (el padre de David), esta flor se elevará de sus raices. El espiritu del Señor descansará sobre él; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espiritu de consejo y de fuerza, espíritu de ciencia y de piedad. Él volverá la justicia á los pobres. él será el vengador de los indefensos: el impio se desvanecerá al soplo de su boca.... Un dia el vástago de Jessé *será elevado como un estandarte á la vista de los pueblos: todas las naciones acudirán á él, y su sepulcro será glorioso.* En ese dia direis: hé aquí que mi Dios, *mi Salvador ha venido.* ¡Oh Sion! estremécete de alegria, redobla tus cánticos: el *Altísimo*, el *Santo de Israel* habita en medio de tí. (Isaias, c. 4, 7, 9, 11 y 12).

Mas adelante la profecía penetra todavía mas en el corazón de su objeto. «Se oye la voz de aquel que clama en el desierto: ¡Preparad los senderos del Señor! Su gloria vá á ser revelada; el Señor va à hablar; *toda la tierra verá á nuestro Salvador.* Decid á las ciudades de Judá: *Ved aquí á vuestro Dios.* El Señor se manifiesta en su fuerza; su brazo señala su poder; sus obras le preceden y le anuncian. El dirige su rebaño como un pastor vigilante; reune sus corderos y los abriga en su seno...

¿Quién os predijo estas cosas desde los antiguos dias *para que reconocieseis al Justo*? El Señor ha dicho el primero á Sión: Vedle ahí; y yo enviaré á Jerusalen *un Salvador*. Aquel que yo he escogido, es el objeto de mis complacencias; yo he esparcido mi espíritu sobre El; *El llevará la justicia entre las naciones*..... Él juzgará en la verdad, y estará tranquilo y sereno hasta que haya establecido su sabiduría sobre la tierra: *las islas entonces recibirán su ley*. Yo lo daré por luz á las naciones; abrirá los ojos á los ciegos; romperá los hierros de los cautivos; librará de la servidumbre á aquellos que están sentados en las tinieblas.» (Isaias c. 4, 41 y 48).

En los capítulos 52, 53, 54 y 55 Isaías despliega toda la riqueza de su palabra, toda la fecundidad de su inspiración para representar el cuadro sorprendente y terrible de las grandezas y humillaciones de aquel rey misterioso que anuncia: «Sal del polvo y levántate, ¡oh Jerusalen! Sube sobre un trono y rompe los hierros de la cautividad, ¡hija de Sion! Mi pueblo va á conocer mi nombre: *yo, que he hablado, estoy ya aquí* ¡Qué bellos son sobre las montañas los pies de Aquel que anuncia la

paz y la dicha, que predica la salud y que dice á Sion: *Tu Dios vá á reinar!* El Señor ha desplegado la santidad de su brazo á los ojos de las naciones: *todas las regiones de la tierra verán á su Salvador*. Su semblante estará obscurecido, su figura despreciada entre los hijos de los hombres; pero *él purificará á la multitud de las naciones*. Aquellos á quienes no ha sido anunciado le verán; contemplarán á Aquel de quien no habian oido hablar. Se elevará en presencia de Dios como un arbolillo, como un retoño que sale de una tierra árida.

«Despreciado, el último de los hombres, Hombre de dolores, él conoció la enfermedad: su semblante estaba obscurecido por los oprobios y por la ignominia, ¡y nosotros no lo hemos tenido en nada!

«Él mismo verdaderamente ha llevado nuestra debilidad, y está cargado de nuestros sufrimientos: le hemos visto como un leproso, herido de Dios y humillado. Él ha sido lacerado á causa de nuestras iniquidades, ha sido destrozado por nuestros crimenes: nosotros hemos sido curados por sus llagas. *Nos hemos estraviado todos como las ovejas: cada uno de nosotros seguia su camino*: y el

Señor ha hecho caer sobre Él *la iniquidad de todos*. Ha sido sacrificado porque ha querido, y ni siquiera ha abierto la boca: será conducido á la muerte como un cordero, y estará mudo como la oveja ante aquel que la esquila. Él ha muerto, despues de sufrir un juicio, en medio de innumerables angustias: ¿quién contará *su generacion*? Se le destinaba la sepultura del impío, y ha sido sepultado en la tumba del rico. Él ha dado su vida para expiar el crímen, pero tendrá una raza inmortal; su alma ha estado sumergida en el dolor, pero Él verá, él se saciará de gozo, y justificará á *una multitud de hombres por su doctrina*: ha sido entregado á la muerte y puesto entre malhechores, pero yo le daré en patrimonio un pueblo numeroso; y distribuirá Él mismo los despojos de los fuertes. Mis pensamientos no son vuestros pensamientos; mis caminos no son vuestros caminos, dijo el Señor.»

Nos limitamos á estas citas de Isaías que bastan para hacer conocer con que luminosa claridad le había sido revelada la persona y los destinos de ese nuevo Rey, vencido y vencedor, gusano de la tierra y esplendor del cielo, hombre y Dios todo á un tiempo.

Con el hijo de Jessé y el hijo de Amós Daniel divide el honor de ser uno de los mas grandes profetas del Mesías; y aun se distingue por cierto grado de precisión, se puede decir matemática, y que no pertenece sinó á él mismo.

Como estaba cautivo en Babilonia y se había educado en la corte, se halló por esta circunstancia en presencia del mas soberbio de los reyes, á quien anuncia por primera vez el advenimiento de un reinado que debía absorver á todos los demás. Nabucodonosor había tenido un sueño durante la noche, pero este se había borrado de su memoria.

Sin embargo, habiendo quedado su ánimo en una grande agitación quiso que sus adivinos le recordasen y le interpretasen aquel sueño. Habiéndose visto precisados á confesar que su ciencia no podía estenderse á tanto, el rey, en su furor, los hizo condenar á todos á muerte. Entonces, para salvarlos, Daniel solicita ser presentado al rey, prometiendo darle la esplicación que deseaba.

Introducido ante Nabucodonosor le dice: «Vuestros adivinos, ¡oh rey! no pueden descubrir el secreto de vuestro sueño; pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios: este Dios os ha

mostrado las cosas que deben suceder en los últimos tiempos. Vos habéis visto una enorme estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas y una parte de los piés de hierro, y lo demás de arcilla. Estabais atento á esta visión, cuando de la montaña, sin que *hubiese ninguna mano de hombre*, se desprende una piedra, la cual despues de haber herido y derribado la estatua, se convierte en una gran montaña que ocupa toda la tierra. Este ha sido, ¡oh rey! vuestro sueño; hé aquí ahora la explicación.

Vuestro reino es la cabeza de oro (*El Asia*).

Se elevará después de vos otro reino, que será de plata (*la Grecia*), y en seguida habrá un tercer reino, que será de bronce, y que dominará á toda la tierra, (*Alejandro*). El cuarto reino será como el hierro; todo lo reducirá á polvo, puesto que el hierro rompe y sojuzga todas las cosas (*imperio romano*). En el tiempo de estos reinos el Dios del cielo *suscitará un reinado que no será jamas destruido*, que no pasará á ningún otro pueblo, y que trastornará y reducirá á polvo todos esos reinos, de los que no quedará nada en ninguna parte; y aquel

reinado subsistirá eternamente. (*El reino de Jesucristo*).

Habiendo oido estas palabras, Nabucodonosor cayó con la faz en tierra y adoró á Daniel diciendo: «Vuestro Dios es verdaderamente el dios de los dioses, el señor de los reyes, y el que revela todos los misterios.» (Daniel, c. 3).

Pero si Daniel había recibido de Dios el poder maravilloso de interpretar los sueños, le había sido concedido igualmente el de contemplar los misterios inefables del cielo Oigámosle expresarse á él mismo: «Yo he mirado en la visión de la noche, y hé aquí cómo el *Hijo del Hombre*, que venia sobre las nubes del cielo, se adelanta hasta el *Anciano de dias y se ofrece en su presencia*. Y Él le da el poder, y el honor, y *el reinado*; y *todos los pueblos* de todas las tribus y de todas las lenguas *le servirán*. Su poder es un *poder eterno*, que no será transferido, y su reino no será debilitado. (Daniel c. 7).

Daniel, sin embargo, no entrevió únicamente el gran sacrificio regenerador en la indecisa lontananza de los siglos, sino que también le fué revelado el instante preciso en que debería cumplirse. «Escucha la palabra, le dijo el espíritu de Dios, y mira la visión: A se-

FACULTAD DE TEOLOGIA DEL URUGUAY
MONS. MARIANO SOLER

tenta semanas (de años) se reduce el tiempo decretado sobre tu pueblo y sobre la ciudad Santa, para que la prevaricación sea abolida, el pecado se expíe, la iniquidad quede borrada, la justicia de los siglos aparezca, las visiones y las profecias queden consumadas, y el Santo de los santos sea ungido. Oid, pues, y comprended bien: A contar desde el edicto que será promulgado para la reconstrucción de Jerusalén hasta la venida del Cristo trascurrirán sesenta y dos semanas; y de nuevo se fabricarán las murallas y las plazas de la ciudad durante este tiempo penoso. Y después de las sesenta y dos semanas, el Cristo será entregado á la muerte; y el pueblo que ha de negarlo no será ya su pueblo. Un pueblo con su jefe en lo venidero debe destruir la ciudad y el santuario, y dispersar sus restos; ¡fin devastador! y terminada la guerra, la desolación declarada seguirá. Pero el Cristo confirmará su alianza con un gran número en la última semana; los sacrificios serán abolidos, la abominación de la destrucción estará en el templo, y la desolación que debe seguir durará hasta la consumación, hasta el fin.» (Daniel c. 9).

La evidencia de la prueba que queremos suministrar ha venido á ser tan indudable por los testimonios de los grandes profetas que hemos citado, que se podría tener como supérfluo é inútil todo lo mas que se quisiera añadir para confirmarla. Sin embargo, vamos todavía á hacer ver la perpetuidad de la tradición profética.

V

Jeremías y Ezequiel se entrelazan como fuertes hilos en la trama de las revelaciones divinas, para cerrar mejor el tejido. «Hé ahí que los días llegan, dijo Jeremías en nombre del Señor, y *yo suscitaré la palabra dichosa* que he anunciado á la casa de Israel y á la casa de Judá. En este tiempo haré salir de David el *gérmen de justicia*, y él volverá la justicia y el discernimiento sobre la tierra. Se le nombrará *Jehovah*, nuestra justicia» (Jerem., c. 23).

Ezequiel continúa: «Yo mismo apacentaré mis ovejas, dijo el Señor: yo buscaré á las que estén perdidas, y levantaré á las que estén caidas; vendaré las llagas de las que estén heridas, y suscitaré sobre ellas el *pastor único* para apacentarlas: yo haré germinar *una planta de un gran precio;* un pas-

tor único las conducirá: ellas marcharán en mis juicios; ellas guardarán mis preceptos y los observarán. Yo haré con ellas una alianza de paz, un pacto eterno; en medio de ellas yo estableceré para siempre mi santuario. Y las naciones sabrán que yo, el Señor, soy el santificador de Israel» (Ezeq.; 24 y 37).

Después de ellos, Joel recoge la herencia profética, y anuncia que el Señor va á dar un *doctor de justicia, y que la salud se encontrará sobre la montaña de Sión*». (Joel, c. 3).

Miqueas prosigue, y predica «que *los pueblos acudirán en multitud* á esta santa montaña, ilustre entre todas las demás, porque *la ley saldrá de Sion y la palabra del Señor de Jerusalén.*» El profeta se transporta después repentinamente, y vé con tal claridad descender esa palabra santa á la tierra, que indica y llama por su nombre la ciudad donde debe obrarse el prodigio. «Y tú, *Bethlehem Ephrata*, la mas pequeña entre las mil ciudades de Judá, de tí debe venir Aquel que dominará en Israel, y su generación es *desde el principio y desde los dias de la eternidad*. Judá no *será abandonado* sino en el día en que *aquella que debe alumbrar dará á luz;* entonces los demás de sus

hermanos se convertirán á los hijos de Israel.

«Aquel que debe venir se afirmará, y conducirá su ganado con la *fuerza de Jehovah*, con la gloria del nombre de Jehovah su Dios: *los pueblos se convertirán, porque su poder alumbrará hasta las extremidades de la tierra,* y él será su paz». (Miqueas, c. 4 y 5.)

Como Joel, Zacarías trae también su tributo de revelaciones acerca del Mesías, y las esclarece con pormenores circunstanciados.

«Regocíjate, hija de Sion, porque ved ahí que yo vengo y habitaré en medio de ti, dice Jehovah. Y *las naciones vendrán en multitud* hácia el Señor en este día; ellas serán mi pueblo, y yo habitaré en medio de tí; y tú sabrás que Jehovah, el Dios de los ejércitos, me envía contigo. *Yo haré venir del Oriente* á mi servidor, y un día borraré la iniquidad de la tierra. Ella poseerá el gérmen de la paz, *los cielos esparcirán su rocio.*—Extremécete de alegría, hija de Jerusalen; ved ahí que *tu rey* vendrá hácia tí, justo y salvador, pobre, y *montado sobre una jumenta.* Yo romperé el arco de los combates, El publicará la paz á las naciones, y su poder se extenderá del uno

al otro mar hasta las extremidades del universo.» (Zacar. c. 3, 3, 8 y 9.)

Pero este Rey pobre y poderoso será vendido á vil precio, traspasado, llorado...porque el profeta añade: Jehovah me dijo: «Id, arrojad en la casa del alfarero estas treinta piezas de plata; este es el precio magnífico en que ellos me han avaluado.—Los habitantes de Jerusalen mirarán hácia mí, *que ellos han enclavado, y llorarán sobre mi* como se llora sobre un primogénito.» (Zacar., c. 11 y 12.)

Entretanto, los tiempos se adelantaban: los judíos, vueltos de su cautividad, reedificaban el templo en medio de inmensas dificultades. Los ancianos lloraban pensando que la gloria de este nuevo templo no sería nada en comparación de la del primero.

Para consolarlos, Ageo viene de parte del Señor á hacerles esta profecía: «Todavía *un poco de tiempo*, y yo conmoveré el cielo y la tierra, el mar y *todo el universo*. Yo conmoveré á *todos los pueblos*, y *el Deseado de las naciones vendrá, y llenaré de gloria esta casa*, dijo el Señor de los ejércitos. La gloria de *esta casa* será mucho mas grande todavía que la de la primera, y yo daré la paz en este lugar.» (Ageo. c. 2.)

En fin, llegaron los tiempos: Dios mismo lo anunció, por la boca de Malaquías. «Hé ahí que yo envío á mi ángel, y él prepara el camino delante de mí; y *súbitamente* vendrá á su templo el Dominador que buscais. El ángel de la alianza que deseais *ved aquí que viene,* dijo el Señor de los ejércitos; y después, desde que salga el sol hasta su ocaso, mi nombre es ya grande entre las naciones; y se le sacrifica, se le ofrece en todo lugar *una oblación pura* en mi nombre, porque mi nombre es grande entre las naciones.» (Malaquias, c. 1 y 3.)

Así termina la série de los oráculos divinos. El último de los profetas, encargado de poner el sello á esta obra magnífica, después de haber arrojado una mirada retrospectiva sobre las antiguas promesas, confirma su cumplimiento, y asegurando la paciencia del mundo, le anuncia la llegada *repentina* del Libertador No hay mas porvenir; la espectación ha concluido: vedle ahí, que ya viene: ved á la tierra purificada por un santo y universal sacrificio: Dios, coronando sus designios misericordiosos, va á conceder á la veracidad de sus enviados un esplendente testimonio.

¡Qué admirable combinación, qué maravilloso encadenamiento en la sucesión

de estas profecías! ¡Qué prodigioso fenómeno son ellas en la historia de ese pueblo que, separado de los demás por sus costumbres, por sus creencias, por su legislación, se siente superior á ellos á pesar de su inferioridad numérica, á pesar de sus desprecios, á pesar de sus injurias; se forma una existencia predominante; se compone sus títulos de gloria, y describe pomposamente las magnificencias futuras del reinado que su Mesías debe ejercer sobre todo el universo!

Nó: en la historia de las naciones, en las páginas sueltas de sus sibilas, en los libros de sus sacerdotes y de sus sabios, no se encuentra un conjunto como éste de predicciones, que tengan sus raices en el principio del mundo, que se apoyen en los grandes hechos tradicionales, que expliquen nuestros primeros destinos y anuncien nuestros destinos futuros, y que dirijan todavía como un luciente fanal á la humanidad en su movimiento de vuelta hácia el objeto glorioso que le está designado.

A pesar de lo extenso de las citas, no hemos podido resistir al deseo de exponer al lector el conjunto de ese hermoso poema, persuadidos de que el darlo en fragmentos incoherentes era disminuir en mucho su importancia é interés.

Para cualquiera que examine estas profecías con un poco de atención, debe quedar demostrado que el pueblo judío ha creido en la caída del hombre; que ha sido considerado como un pueblo escogido, para llenar la misión de conservar la promesa de la reparación; que esta promesa ha sido renovada sin cesar en nombre de Dios por hombres que se llamaban inspirados, y que anuncian el modo, las circunstancias, la época de su realización por medio de un Mesías, hijo de la mujer, hijo de Abraham, de Judá, de David, en quien todas las naciones serían bendecidas; que tomaría sobre sí todos nuestros dolores y todos nuestros crímenes; que sería rechazado por los suyos y condenado á muerte, y que después de haber apurado el cáliz de las angustias y de los tormentos, sería glorificado en su sepulcro, y reinaría eternamente sobre el universo entero subyugado y regenerado por sus doctrinas.

VI

Pero esta viva y segura esperanza no permaneció escondida entre los judíos, guardada como un secreto por sus sa-

cerdotes en el lenguaje misterioso de los libros santos; muchas veces aquella nación en castigo de sus crímenes, fué arrastrada al cautiverio por los pueblos enemigos, á quienes hizo conocer sus creencias.

La India y el Egipto, tan ávidas de ideas filosóficas y religiosas, quisieron sin duda saber lo que era la Biblia; y es muy de creer que varios filósofos griegos la leyeron: ciertas páginas de Platon parecen hojas desprendidas de ella: su justo imaginario, que él hace espirar en una cruz, se asemeja rasgo por rasgo al Mesías anunciado por los profetas.

Luego Tolomeo Filadelfo, haciendo venir á su corte á los setenta ancianos judíos, les hace traducir al griego las Santas Escrituras, de que ya tenía noticia; y esta versión, conducida por vías providenciales á todos los países del mundo, hace nacer en ellos la idea del verdadero Dios, y las esperanzas que habían sido ya concedidas á nuestros primeros padres después de su desdichada caida.

Un nuevo reino, destructor del reino de Satanás, había sido predicho y esperado. La voz de los profetas, llevada por el viajero á través de los desiertos hasta

las mas apartadas regiones, siguiendo sobre los mares al navegante en medio de los peligros, meditada por los sacerdotes, por los sabios y por los filósofos, colocada en las bibliotecas de los reyes, se había hecho oir en todas partes: el mundo, después de tantas desgracias de que no esperaba salir, escucha esa voz, la comprende, y se siente alentado con la espectativa consoladora de su Salvador.

¿Cuando nacerá el Salvador? decían los habitantes de la India, durante su famoso sacrificio Ekiam. ¿Cuándo, por fin, aparecerá el Redentor?

Se procuraba adivinar la época de este dichoso acontecimiento; se compulsaban las antiguas tradiciones, y aun se interrogaba en la estrellada noche á la bóveda celeste para ver de descubrir en ella algun astro precursor: todos los ojos se volvían hácia la parte del Oriente; y Virgilio en su suave poesía, haciéndose el intérprete de los sentimientos universales, templaba su lira en un tono mas elevado, y tomaba de los profetas su estilo y sus acentos para celebrar la venida del nuevo Rey, y el porvenir venturoso que se le preparaba al mundo. «¡Musas de Sicilia! Vamos ahora á

cantar grandes sucesos; la última edad predecida por la sibila de Cumas ha llegado ya: hé ahí un nuevo órden de siglos que va á comenzar.

«La noble Astrea volverá á posarse sobre la tierra; el reinado de Saturno va otra vez á aparecer: una nueva posteridad nos viene de lo alto de los cielos. Casta Diana favorece el nacimiento de *un niño que va á desterrar el siglo de hierro, y á restablecer la edad de oro en el universo!* Las señales de nuestros crímenes van á ser enteramente borradas; la tierra se verá libre para siempre de sus temores. Ese niño recibirá la vida de los dioses; él verá á los héroes mezclados con las divinidades sobre la tierra; á él le verán asimismo entre ellos, y *él regirá el universo pacificado* por las virtudes de su padre. ¡Niño divino! La tierra, fecunda sin necesidad de cultivo, os ofrecerá desde luego sus sencillos presentes: *la serpiente* perecerá como tambien la *engañosa planta* que destila el veneno. Quedarán todavía algunos vestigios de la antigua maldad de los hombres, y habrá todavía guerras y discordias; pero desde que hubiereis llegado á la edad perfecta la tierra producirá todo abundantemente. ¡Hijo querido de los dioses, digno vástago de

Júpiter! Preparaos á los mas grandes honores; el tiempo va á abriros muy pronto la carrera que debéis recorrer. Ved como la máquina entera del mundo se conmueve; la tierra, el cielo, los mares, todas las cosas en fin, se regocijan de la era dichosa que va á renacer». (Virgilio, Egloga 4.ª)

Estos cantos proféticos del cisne de Mantua que parecen robados á las sublimes inspiraciones de David y de Isaías; este ardor en inquirir las predicciones de las sibilas, bastarían por si solos, sin necesidad del testimonio de los historiadores, para probar el estado de vaga inquietud que por aquel tiempo reinaba en todos los espíritus; el presentimiento de la caída de un mundo envejecido por la corrupcion y el error, la preocupación general de un porvenir nuevo y mas afortunado, la espectación y la esperanza de todos los corazones que, convirtiéndose hácia Dios, principio de toda verdad despues de haberse fatigado en senderos inestricables, pedían con todos sus votos los socorros prometidos del cielo á su debilidad y á su miseria.

En aquella época suprema en que la hora de la regeneración iba ya á sonar, ¡qué espectáculo tan tierno y conmovedor debía presentar la decaida humanidad!

Después de estar tanto tiempo separada de su Autor, y por consiguiente alejada de la fuente de lo bueno, de lo verdadero y de lo justo, y envuelta en las tinieblas del error á que la había arrastrado el contagio de la primera culpa, sumiéndola en el fondo de un abismo, la humanidad se atrevía al fin á dirigir al cielo sus miradas, á enviarle los suspiros de su tristeza, sintiendo que de allí solamente podía venir su salvación; y, en la impaciencia de sus deseos, elevaba á Dios esas ardientes aspiraciones que la Iglesia ha consagrado despues en las festividades de Adviento: «¡Oh Adonai, gefe de la casa de Israel, ven á rescatarnos, no tardes ya mas tiempo! ¡Cielos, enviad vuestro rocío: nubes luminosas de la mansion inmortal, abrios! ¡dejad descender al Justo!»

Ahora bien; ¿ha conseguido la humanidad ver realizada esa expectacion?

Esas tradiciones universales, esas profecías repetidas de edad en edad y siempre concordantes; esos oráculos multiplicados, ¿no eran mas que ilusiones, mentiras y supercherías? Nadie hubiera podido creerlo. El género humano esperaba tambien lleno de confian-

za la hora de la regeneracion. ¿Su esperanza fué acaso burlada? Y todas esas voces misteriosas de regeneración, todos esos votos, todas esas súplicas, toda esa agitación, ¿se estinguieron como vanos síntomas, sin motivo, sin objeto, sin consecuencia?

El mundo tocó al fin el fondo del abismo de su degradación, sin que ninguna fuerza superior haya venido á interponerse en el camino y á impelerlo en una dirección contraria? ¿Dios habrá faltado á sus promesas, ó el hombre habrá sido el juguete de engañosos ensueños?

La historia se encarga de responder á estas preguntas.

En el momento fijado por la Sabiduría divina, tuvo lugar un acontecimiento que ha producido en las cosas humanas un movimiento de reacción universal, y tan poderoso, que lejos de debilitarse por el efecto del tiempo, no ha hecho sinó acelerarse y continuar hoy todavía con una energía más viva que nunca.

Este es el acontecimiento que se ha tenido como inesperado, como la realización de las profecías, como la reparación del mal terrestre. Y ¡cosa notable! ese acontecimiento es único en el mundo en su especie, y es el sólo también que

podría reivindicar aquella gloria: ningún otro suceso importante viene á disputársela. Y es que no solamente no deja ninguna duda sobre la esencia del hecho mismo entre las pretensiones diversas, sinó que aun permite establecer este riguroso dilema:

O ese acontecimiento es verdaderamente lo que él anuncia, y entónces las cosas que pasan entre los hombres tienen un sentido, el mundo moderno se armoniza con el mundo antiguo, todo se enlaza, todo se encadena, y la humanidad está necesariamente colocada en la via de regreso á mejores destinos; ó ese acontecimiento no es lo que él anuncia, y en ese caso el hombre marcha todavía al acaso en medio de las tinieblas de la duda, sin ideas fijas sobre su orígen, sobre su naturaleza, sobre su fin, sobre sus deberes; nada es cierto entónces en el orden moral, en esto que es lo que más nos importa conocer: Dios, la creación, el alma, la vida, el bien y el mal, el tiempo y la eternidad, todo queda entregado á disputas infinitas, inacabables, sin esperanza de solución precisa, segura, irrefragable, digna de fé; nada hay posible en la tierra sino la anarquía de las inteligencias y de las voluntades; nos hallamos, en fin, todavía en medio del paganismo.

Estas sencillas observaciones harán comprender cual es la inmensa importancia, la importancia *humanitaria*, como se ha dicho, del acontecimiento de que hablamos, la venida del Mesías, la redención humana por Jesucristo. Nos bastará, pues, para hacerle apreciar, el esponerlo tal como él mismo se presenta, limitándonos solamente á hacer resaltar su espíritu y sus consecuencias; porque mas bien que en raciocinios filosóficos, él se apoya en su propia existencia, en su mismo desarrollo: so pena de no ser nada, debe ser evidentemente lo que el dice ser: á la simple vista debe producir en el espíritu de todo hombre de buena fé, esta reflexión de Rousseau: «Nó, no es así como se inventa: el que hubiese inventado un acontecimiento semejante, sería mas digno de admiración que el héroe mismo á que él se refería.» («Emilio»).

VII

Veamos ahora cómo llenó esa mision el *Crucificado*, Jesucristo Redentor.

El espíritu del mal había vencido

á la humanidad caída; el mundo que él se había formado había recibido la triple sanción del tiempo, de la fuerza y del hábito de las pasiones: bajo su cetro de hierro tenía doblegada la tierra, de la que había conseguido desterrar á Dios: reinaba, pues, sin rival; y sobre su trono rodeado de genios ilustres, de valientes guerreros, de legisladores célebres, de profundos filósofos y de armoniosos poetas, viendo á sus piés la multitud humillada de los pueblos, se creia firme é invencible, y contemplaba con arrobamiento el conjunto de los reinos terrestres diciéndose: «¡Todo esto me pertenece!»

Una idea sola, *la idea de la reparación*, le asaltaba con todo su poder; él procuraba repelerla; más, á pesar de todos sus esfuerzos, ella se le mostraba siempre amenazante, implacable, y turba la alegría de su funesto triunfo. Sentía que en esa idea se contenía una virtud divina que, tarde ó temprano vendría á serle fatal; y en sus oídos resonaba todavía esta sentencia terrible: «*La descendencia de la mujer te quebrantará la cabeza.*»

Un dia su terror se redobló; sus miradas cayeron sobre la Judea, que él no miraba nunca sin desconfianza, porque

un poder oculto había sustraido á su imperio ese rincón despreciable de la tierra, se sintió conmovido por algo misterioso y extraño que allí pasaba.

Un hombre austero, Juan, el Precursor, hijo milagroso de un sacerdote anciano y de una madre estéril, viviendo en el desierto, llevando un vestido de pieles de camello ajustado al cuerpo con un cinturón de cuero, alimentándose de langostas y de miel de abejas, predicando el bautismo de la penitencia *para la remisión de los pecados*, iba seguido de una multitud inmensa, á cuyas diversas interpelaciones respondía con estas palabras: «Yo soy la voz que clama en el desierto: preparad la vía *del Señor*, enderezad sus senderos. Hay entre vosotros alguno que no conoceis, y es el que debe venir después de mí. *El está mas arriba que yo*; y yo no soy digno de desatar los cordones de su calzado.»

Al dia siguiente se presenta á él un personaje extraordinario, Jesús de Nazaret, á quien Juan saluda con transporte por medio de estas no menos extraordinarias palabras: «*Ved ahi al cordero de Dios, ved ahi al que quita los pecados del mundo*:» y en vista de su demanda, cuya insistencia triunfa

de las vacilaciones de la humildad, confiérele el bautismo en las aguas del Jordán. Y vióse entonces obrarse allí un prodigio desconocido: de repente se entreabren los cielos, el Espíritu de Dios desciende sobre el bautizado y una voz desde lo alto hace oir estas solemnes palabras: «*Este es mi Hijo muy amado y en quien yo he puesto todas mis complacencias.*»

En estas escenas maravillosas el espíritu del mal entrevió algo que amenazaba de un modo temible su poder, porque no perdió de vista al Elegido del cielo, le siguió hasta el desierto, adonde hablándole con su hipocresía acostumbrada: «¿Serias vos *el Hijo de Dios*? le dijo. Haced, pues, milagros, puesto que os es posible; trocad en pan estas piedras; arrojaos desde la altura de ese templo y los ángeles os recibirán sobre sus álas. Venid á la cumbre de esta montaña: ¿veis todos esos reinos y su brillante esplendor? Todo este poder, toda esa gloria me pertenece, ella me ha sido concedida, y yo puedo trasmitirla á quien me plazca: pues bien, todo es vuestro si, cayendo á mis piés, me rendís adoración».

La respuesta fué breve y significativa: «Apártate, Satanás; el hombre no vive

solamente de pan, sinó tambien de las palabras de Dios. Está escrito: adoraréis al Señor; *no serviréis sinó á El solo.*» Y la antigua serpiente, no reconociendo ya en esta fuerte actitud la debilidad de Eva y de sus extraviados hijos, desapareció como espantada del rayo.

¿Quién es, pues, este atrevido atleta que cuando todos se han sometido al yugo, no desespera de la causa común, sino que, hablando como señor, con solo una palabra irresistible hace huir aterrado al espíritu orgulloso del mal?

¿De dónde viene Aquel que se presentá revestido repentinamente de una virtud tan prodigiosa, y se ofrece con ese carácter de autoridad tan soberana?

Podría recordarse que por el camino de Bethlehem habian sido vistos dos pobres viajeros que iban á inscribirse en los registros de la ciudad, en cumplimiento de una órden del César, que había decretado un empadronamiento general de los súbditos de su vasto imperio. Esos dos viajeros eran José, carpintero de Nazaret, y María, su esposa, que se acercaba al término de su alumbramiento.

A su llegada, rechazados de todas las hosterias, no encontraron asilo para el

descanso de la noche sino entre dos animales, en un establo abandonado. En él Maria recibió en sus brazos con alegria al hijo que había llevado en sus entrañas. Este niño, nacido en un pesebre, había participado durante treinta años, de la oscuridad, de la miseria y del trabajo de su familia. Y era aquel niño el que acababa de declararse el campeón de Dios y del hombre.

Allá en su interior el ángel caido ¿sospechaba con terror algun secreto designio del cielo, y procuraba con afan aclararlo? ¿Sabia acaso que Gabriel, el mensajero celeste, habia descendido á la casa de la Virgen de Nazaret, y le había anunciado que el santo fruto que naceria de ella sería llamado el Hijo de Dios? ¿Sabia que Isabel, la esposa del venerable Zacarias, habia saludado á su prima con el nombre augusto de Madre del Señor? ¿Había acaso oido á las falanges angélicas anunciar cantando á los pastores el nacimiento del Cristo Salvador? ¿Habia seguido en su peregrinacion á los magos del Oriente, á quienes guiara hácia el nuevo Rey una estrella milagrosa? ¿Sabia acaso que en el templo el santo anciano Simeon y la profetisa Ana, habian saludado al niño del establo como al Redentor del

mundo, como la luz futura de los pueblos?...

¿Lo había visto al menos crecer en gracia y en sabiduría delante de Dios y de los hombres, desconcertar con sus preguntas y sus respuestas á los doctores de la Sinagoga, admirados de su divina ciencia; encantar á María, su hermosa y pura madre, con el brillo de sus palabras santas que ella guardaba con regocijo en el fondo de su corazón?... En fin: el firmamento estaba abierto, y él había oido la voz de lo alto consagrar la misión del jóven prodigioso, dándole el título de Hijo muy amado, objeto de las complacencias de su Padre celestial.

Entonces fué cuando Satanás, queriendo probar á su adversario, no pudo ni aun sostener la fuerza de su imponente palabra. Sin embargo, aunque ya no se atreviese á atacarle nunca de frente, no perdia del todo la esperanza, y no hizo mas que suspender por un tiempo el volver á ensayar los esfuerzos de su profunda é insolente astucia.

Desde el momento solemne que antes hemos indicado, Jesús empezó á manifestarse en el mundo, anunciando que *el reino de Dios estaba próximo*. Él recorría toda la Galilea, enseñando en las

sinagogas, diseminando entre el pueblo su santa doctrina, y curando toda clase de enfermedades y dolencias.

Su reputación se extiende por toda la Siria; y donde quiera que se presenta, todos los enfermos, todos los que se hallan atacados de diversos géneros de males y dolores, sienten luego el alivio y el consuelo. Conmovida por estas maravillas, le sigue una gran muchedumbre de pueblo de Galilea, de Jerusalen, de la Judea, y aun de más allá del Jordan. Querían las multitudes hasta hacerle rey, pero El se opuso á sus instancias.

Habiendo vuelto á Nazaret, donde se había criado, entró el día sábado, según tenía costumbre, á la sinagoga, y se puso en pié para leer. Presentáronle el libro del profeta Isaías, y abriéndolo, encontró luego el pasaje siguiente: «*El espíritu del Señor está conmigo; y es porque me ha consagrado por su unción: él me ha enviado para predicar el Evangelio á los pobres; para curar á los que tienen el corazón lacerado; para anunciar á los cautivos su libertad, y á los ciegos el recobro de la vista; para libertar á los que gimen en la opresión; para publicar el año de gracia del Señor, y el dia en el cual hará justicia.*»

Y habiendo cerrado el libro comenzó á decirles: «Estas palabras de la Escritura que acabais de oir, están cumplidas hoy en mi.» Y continuó su discurso con espresiones tan llenas de gracia y elocuencia, que todos le escuchaban absortos.

Más aterrorizados todavía que su jefe, los satélites de Satán á quienes este había entregado los cuerpos de algunos desgraciados para atormentarlos, cuando la presencia del jóven profeta de Galilea les hacía salir de ellos, esclamaban: «Dejadnos, ¿qué teneis que ver con nosotros, Jesus de Nazaret? ¿habeis venido no mas que para perdernos? Ya sabemos quién sois: sois el *Santo de Dios*, el *Hijo de Dios!*»

Los discípulos de Juan dijeron á este: «Maestro, aquel hombre que estaba con vos mas allá del Jordan, y á quien rendisteis testimonio, ved que bautiza y que todo el mundo va con él». Juan les respondió: «Vosotros mismos me sois testigos de lo que he dicho, y es, que no soy yo el Cristo, sino que he sido enviado delante de El: es necesario que Él crezca y que yo disminuya: *aquel que viene de lo alto está mas arriba de todos*: el Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en sus manos: el que

cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que no cree en el Hijo no verá esta vida».

Entre tanto Jesús continúa recorriendo las ciudades y las aldeas, seguido de una multitud siempre creciente. Por todas partes da sus lecciones: en las sinagogas, en los domicilios particulares, en las plazas públicas, sobre las montañas, en el desierto, á las orillas de los lagos, cerca de las fuentes.

Él expresa las mas altas verdades en el lenguaje mas natural y sencillo. Para ser comprendido aún de las mas débiles inteligencias, se sirve casi siempre de parábolas ó comparaciones tomadas de las cosas mas comunes de la vida, ó de los diversos objetos que se ofrecen á sus miradas: un padre de familia, un niño, un sirviente, una viña, un rio, un árbol, un pájaro, le suministran el asunto de maravillosas explicaciones. Jamás la tierra había oído una doctrina tan sublime; jamás bajo formas tan dulces había recibido preceptos tan puros y tan santos.

Él se dedica sobre todo á restablecer el verdadero sentido de la ley, y á contemplar su enseñanza; á combatir ridículas preocupaciones, y á despojar los espíritus de frívolas fórmulas para encaminarles á las cosas verdaderamente importantes: anatematiza con fuerza á los orgullosos y á los hipócritas, esos sepulcros blanqueados que ponen sobre las espaldas de otros fardos pesados que ellos no querrían mover ni con la punta del dedo; recuerda contínuamente á los ricos sus deberes imperiosos para con los pobres; predica en fin á todos el sacrificio, la abnegación, la paz, la concordia y la divina caridad.

Su manera de enseñar los llena de admiración; porque Él hablaba como en derecho de autoridad, y no como los escribas y fariseos. Estos decían: ¿cómo puede tener tanta ciencia no habiendo hecho ningun estudio?

Pero Jesús no exigía de sus oyentes el que solo por las palabras creyesen en la realidad de su misión celestial. Él hacía al mismo tiempo enmudecer á los demonios, y que los enfermos curados milagrosamente le proclamasen Hijo de Dios; quería que la fé naciese en las almas por el testimonio que de Él rendía su Padre en los hechos maravillosos cuyo cumplimiento le había encomendado.

Asi multiplicaba las maravillas bajo sus pasos: con una sola palabra calmaba las tempestades, lanzaba á los de-

monios, resucitaba á los muertos. Su reputación se extendía por todas partes, y frecuentemente se decía: «¿Quién es ese hombre extraordinario que manda con autoridad y poder á los espíritus impuros, y á quien obedecen los vientos y los mares? Es un gran profeta, *es el Cristo*; porque si el Cristo viniese, ¿podría hacer cosas mas admirables?»

VIII

La gran gloria que Jesús adquiría; el éxito de sus predicaciones, que desenmascaraban tantas hipocresías ocultas bajo el velo de falsas prácticas de la ley, le habían ya suscitado celos violentos y ódios inplacables. ¿No es un galileo? decían sus enemigos; ¿puede venir algo bueno de ese país? ¿No es el hijo del carpintero de Nazaret? ¿no conocemos bien á su padre, á su madre y á sus parientes? Es sin duda Belzebut, el príncipe de las tinieblas, el que le da el poder de arrojar á los demonios».

Jesús sobrellevaba pacientemente las injurias; pero no supo sufrir la blasfemia. «Decid en buena hora que si el árbol es bueno el fruto es tambien bueno, y que del árbol malo el fruto debe ser malo; pero no insultéis al Espíritu Santo atribuyendo su obra al espíritu del mal. Por lo demás, yo os lo aseguro, todo reino dividido contra si mismo perecerá, pues si Satanás se ha dividido contra él mismo, ¿cómo puede subsistir su reino? Pero si es el dedo de Dios por el que yo arrojo á los demonios *creed pues, que el reino de Dios ha llegado para vosotros*».

Este hijo del carpintero, que se llamaba él mismo el Hijo del Hombre, había ya hecho conocer á Andrès, á Felipe y á Nataniel que Él era también el Hijo de Dios. Sobre la piedra del pozo de Jacob había revelado á la mujer de Samaria que era el Mesías esperado; había obtenido de sus discípulos, por boca de Simón Pedro, que le reconociesen como al Enviado de Dios; después, por último, había declarado á los judíos en términos muy esplícitos, que *él era Hijo de Dios, igual en todo á su Padre*; y esta declaración tan positiva y solemne puso el colmo al ódio de sus enemigos.

Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los jefes del pueblo procuraban con empeño perderlo; pero no encontraban el medio de obrar contra él, porque el pueblo estaba de su parte, subyugado por el poder de sus

discursos y por la fuerza irresistible de sus acciones.

Temblando de cólera, le cercaron un día en el templo, y se atrevieron á dirigirle estas insolentes preguntas: «Decídnos: ¿por qué autoridad haceis estas cosas, ó quién os ha dado este poder? ¿Hasta cuándo nos tendreis el ánimo suspenso? Si sois el Cristo, decídnoslo claramente.»—Jesús les respondió con dulzura: «Yo os lo he dicho, y vosotros no me creeis. Las obras que hago en nombre de mi Padre, rinden testimonio de mí. Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais pues; pero si las hago, *cuando vosotros no querais creerme*, creed á mis obras, á fin que conozcais y esteis persuadidos de que el Padre está en mí y de que yo estoy en el Padre.»

Lejos de apaciguarse con la calma y el poder de estas razones, ellos se pusieron mas furiosos, y se arrojaron sobre Jesùs para prenderlo.

Ya antes habían querido precipitarlo de lo alto de una montaña, y no pocas veces quisieron apedrearlo; pero Jesús se evadía siempre de entre sus manos, porque su hora no era todavía llegada.

Entretanto pusiéronse á acumular un gran número de cuestiones, tendiéndole

redes para sacar de su boca algo de que recriminarlo.

Enviáronle también espías que se fingiesen de las buenas gentes que le seguían, para sorprenderle en sus palabras, á fin de entregarle á los magistrados y al poder del gobierno. «Maestro, le decían traidoramente, nosotros sabemos que no decís ni enseñais nada que no sea justo; que no considerais la calidad de las personas, sino que enseñais el camino de Dios según la verdad. Nosotros, pues, os consultamos para saber si es permitido ó nó pagar tributo al César.»

Es verdaderamente tierna y llena de interés la situación del Justo por excelencia, rodeado de hombres tan profundamente pérfidos y malvados; pero su sabiduría sabrá destruir los cálculos y burlar las insidias de su hipocresía.—«¿Por qué me tentais? les dijo; mostradme una pieza de moneda. ¿De quién es la efigie y la inscripción que lleva?—Del César.—Pues bien: dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.»

Desesperando de vencer su prudencia, tuvieron que echar mano de las injurias y las calumnias: era el recurso último que les quedaba. Ellos le llamaron amigo de los publicanos y de los peca-

dores: le acusaron de seductor del pueblo; le trataron en fin, de violador de la ley de Moisés, de impío y de blasfemo.

En el encono de su envidia, le hacían un crímen de sentarse á la mesa de los que le invitaban sin excepción de personas; de predicar una moral mas pura y mas santa que la suya; de curar á los enfermos en el dia sábado; de pensar que era mejor purificar el corazón que las manos; de atreverse, en fin, á decir que por el poder de Dios su Padre, era por el que obraba aquellos milagros.

Es un hecho notable que el temor que tenían al pueblo era el que los contenía en sus malévolas intenciones; porque á pesar de sus viles maniobras, de sus criminales sugestiones, de sus burlas y de sus amenazas de arrojarlo de la sinagoga, no habían podido hacer que las gentes del pueblo participasen de un ódio cuyos motivos no podían comprender. «¿Cómo un hombre malo, respondían con la sencillez y la rectitud del buen sentido natural, cómo un hombre tan malo como le pintais, podría hacer tales prodigios? El debe ser seguramente un profeta.»—«Si es malo, decia el ciego de nacimiento, que habia obtenido la vista, yo no lo sé: lo que sé es, que yo era ciego y que ahora veo; y lo que es mas admirable, que él me ha

abierto los ojos, y que vosotros no sabeis de dónde le viene este poder.»

En vano los fariseos enviaron algunos arqueros para que se apoderasen de él: los arqueros no se atrevieron á ponerle encima la mano, y volvieron al punto maravillados diciendo: jamás hombre alguno ha hablado como él.

Y los fariseos, burlándose de ellos para ver de obligarlos asi á secundar sus intentos, les dijeron: ¿con que tambien á vosotros os ha seducido? ¿á vosotros lo mismo que á esas gentes malditas del populacho, que no entienden la ley? ¿Hay uno solo de los fariseos ó de los magistrados que crea en él?

Una circunstancia reveló muy pronto el entusiasmo popular, y escitó el furor de los enemigos de Jesús hasta el último grado. Era el tiempo de las Pascuas, y una gran multitud de pueblo que habia venido á la fiesta, sabiendo que Jesús llegaba á Jerusalen, salieron de la ciudad á su encuentro y, tomando ramos de palmera, venian delante de él esclamando: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en la tierra y gloria en lo mas alto de los cielos!» Y estendian sus mantos por donde debía pasar el triunfador. Los fariseos, que se encontraban mezclados entre el pueblo,

no podian ocultar su despecho ni aun al mismo Jesús; así es que le decian: «Maestro, haz callar á tus discípulos.» A lo cual Jesús les respondió: «Yo os aseguro que si ellos callasen, las piedras mismas clamarian.»

Este espléndido testimonio de los sentimientos populares, esta brillante ovación de la multitud les desconcertó, y unos á otros se decian: «Ya veis que no ganamos nada; que todos le siguen. Si le dejamos correr su suerte, todo el mundo creerá en él; y los romanos vendrán y destruirán nuestra ciudad y nuestra nación.» Entonces Caifás se levanta en medio de ellos y profetiza como gran sacerdote: *que era ventajoso y conveniente que un solo hombre muriese por el pueblo, y la nación.*» Desde este dia no pensaron ya sino en hacer entregar á Jesús á la muerte.

Espectador inquieto de los sucesos que obtenia su enemigo y de los estragos que causaba en su imperio, Satanás juzgó que era tiempo de intervenir en una lucha que por momentos se hacía mas desigual y temible, prestando una mano fuerte á los que combatian en favor de su causa.

Ya había querido acribillar á los apóstoles como se criba el trigo, y Jesús le vió caer sobre ellos surcando el

cielo como un relámpago; ya había procurado apoderarse y servirse de la persona de Pedro, á quien no encontró muy dócil á sus inspiraciones; pero esta vez sus esfuerzos fueron mas dichosos: introdújose en Judas Iscariote, y logró inspirar á su corazón el traidor designio de entregar á su Maestro.

Entretanto, sintiendo Jesús que su hora se acercaba, se conturbó su espíritu y dijo abiertameute á sus discipulos: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar. ¡Padre mío; libradme de esta hora! Pero si es para esto para lo que he venido, Padre mio, glorificad vuestro nombre!» Volviéndose luego hácia Judas: «Haced pronto, le dijo, lo que teneis que hacer.» Judas salió: y Jesús se dirigió de nuevo á sus discípulos consternados; y, después de haberles dejado en su testamento su cuerpo y su sangre como prendas de un amor inefable, se despidió de ellos tiernamente.

En seguida se dirigió en su compañía más allá del torrente de Cedron en el jardin de los Olivos, y comenzó á entristecerse y á sentir el corazón oprimido por una profunda afliccion. «Mi alma, clamó, está triste hasta la muerte. Padre mio, si es posible, que se aleje de mi este cáliz; pero si no, hágase

vuestra voluntad y no la mia.» En estas angustias de agonia inesplicables, vínole un sudor como de gotas de sangre que corrian hasta la tierra.

Fué necesario que un ángel descendiese del cielo para sostenerlo y confortarlo; porque resumiendo en Él á la humanidad entera, cargado de todas sus miserias y de todos sus dolores, iba á sostener el combate supremo contra su eterno enemigo, y á oponerse como un escudo á los golpes redoblados que se preparaba á descargar sobre Él.

Impulsado Judas por la infernal inspiración, fué á buscar á los príncipes de los sacerdotes, á los cuales vendió á su Maestro por treinta monedas de plata, prometiéndoles procurar desde luego la ocasión de entregárselos.

En efecto, acompañado de una cohorte de diversas gentes armadas, y que llevaban hachas y linternas, llega al lugar donde estaba Jesús, y, dirigiendose á Él con los brazos abiertos, le designa á su comitiva por medio de un ósculo pérfido. Jesus se deja tomar y aprisionar sin oponer la menor resistencia. «Vuelve tu espada á la vaina, dice á San Pedro, que habia herido al criado del pontifice, porque el que con el hierro se defiende, por el hierro perecerá.»

Despues, volviéndose á los que habían venido para prenderle, se contentó con dirigirles estas palabras llenas de la más noble dignidad: «Vosotros habeis venido á mí con espadas y palos, como si fuese un salteador. Yo, sin embargo, estaba con vosotros todos los dias en el templo, y no habeis puesto sobre mí la mano. Pero esta es vuestra hora, *la hora del poder de las tinieblas.*»

IX

¡Siglos, estad atentos! Un acto el mas solemne va á cumplirse: un Dios-Hombre va á inmolarse á la vista de un Dios; y la humanidad, rescatada por esta expiación divina, entrará al fin en la senda de la regeneración.

Jesús, atado fuertemente por las manos impías que había armado el traidor discípulo, es conducido á casa de Anás y á la del gran sacerdote Caifás: se le arrastra de un tribunal á otro tribunal; de Pilato á Herodes, de Herodes á Pilato; todos sus discípulos le abandonan, Pedro, el primero de ellos, no vacila en renegar de su Maestro tres veces; los criados de los sacerdotes le abofetean; los soldados le escupen el rostro, le revisten con las insignias de la locura, le dan de palos, le azotan atado á una co-

lumna, le ciñen las sienes con una corona de punzantes espinas; le colman de injurias, de ultrajes, de sangrientas burlas. «Cristo, le dicen después de haberle vendado los ojos, adivina quien te ha herido!» A todos estos indignos tratamientos no opone sino el silencio de una paciencía celestial.

Entre tanto el gran sacerdote le interroga de esta manera: «Yo os ordeno, de parte de Dios vivo, nos digais si sois el Cristo hijo de Dios.» Jesús le respondió: «Ya lo habeis dicho; y yo os declaro que un dia veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra de la majestad de Dios, descender sobre las nubes del cielo»—«¡Ha blasfemado! esclama colérico el gran sacerdote; vosotros habeis oido la blasfemia.» —Y todos exclamaron como él: «¡ha blasfemado! ¡merece la muerte!»—Algunos falsos testigos, reclutados con mucho trabajo, son introducidos entonces y le acusan á su turno: «Este hombre ha dicho: «Yo puedo destruir el templo de Dios, y reconstruirlo en tres dias» Jesús guardó silencio.

Pero sólo Poncio-Pilato, gobernador de los romanos, podia condenarlo á muerte. Levantándose toda la asamblea conduce á Jesús ante su tribunal. «¿De qué crímen acusais á este hombre?» dice el magistrado romano, que sabía ya que

era la envidia de aquellos la que lo entregaba.—«Si no fuese un malvado nosotros no le acusaríamos: subleva al pueblo con sus doctrinas, prohibe pagar el tributo al Cèsar llamándose *rey* y diciendo que *es el Cristo.*»

Pilato se dirigió á Jesús:» ¿Sois en efecto rey?»—Jesus replicó: «Ya lo habeis dicho: *yo soy rey,* pero mi reino no es de este mundo. Yo, sin embargo, he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Cualquiera que quiere la verdad, escucha mi voz.»

«¿Cual es esta verdad? repone el juez, como aturdido de estas divinas palabras. Y sin esperar la interesante respuesta, se vuelve á los judios y les dice: «Yo he interrogado á este hombre, y no le encuentro culpable de ninguno de los crímenes de que le acusais; yo le dejaria libre despues de haberle impuesto algún castigo.» Pero no podía bastar al furor de los judíos esta ilusoria satisfacción, y persistieron por lo mismo en pedir la muerte de Jesús

En este momento la mujer de Pilato le envió á decir: «No tomeis parte alguna en el negocio contra este Justo, porque yo he sufrido mucho hoy en un sueño con ese motivo.» Asustado, y convencido asimismo de la mala fé de los judios, no menos que de la inocencia

del acusado, Pilato, que habria querido arrancarlo de sus manos, entabló con ellos este estraño diálogo, en el cual no se sabe qué cosa sea mas abominable, si la inicua debilidad del juez, ó el ódio ciego y sanguinario de la nacion ingrata, sobre quien pesaba la sangre de todos los justos que le habian sido enviados.

«Es costumbre entre vosotros, dijo Pilato, que os conceda en la fiesta de la Pascua la libertad de un criminal: ¿cuál queréis, pues, que os entregue libre, Jesus, que se llama el Cristo, ó Barrabás?» (¡y este Barrabás era un ladrón, un sedicioso y un asesino!)

Todo el pueblo, obedeciendo la inspiración de los senadores y de los príncipes de los sacerdotes, se puso á gritar: «Haced morir á ese y soltadnos á Barrabás. —¿Qué harè yo, pues, con Jesús?—¡Que muera, que sea crucificado!

¿Pero qué mal ha hecho? Yo no encuentro en él nada que merezca la muerte.—¡Que muera, que sea crucificado! Si librais á ese hombre no sois amigo del Cèsar.—Tomadle y crucificadle vosotros, porque yo no lo encuentro culpable.—Nosotros tenemos una ley y segun esta ley debe morir, porque se hace pásar por el Hijo de Dios. ¡Crucificadle! ¡crucificadle!—¡Como! ¿queréis que

yo haga crucificar á *vuestro rey*?—Nosotros no tenemos otro rey que el Cesar. —Pero en fin, este es un hombre: héle ahí manando sangre por las heridas de la flagelación, coronado de espinas, cubiertas las espaldas con un ridículo manto de púrpura.—¡Qué muera, que muera! ¡A la cruz! ¡á la cruz!»

Hizo el juez traer agua, y díjoles entonces: «Yo me lavo delante de vosotros las manos de la sangre de este Justo: ahora este es negocio vuestro.—¡Qué su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

¿Estaban tambien entre esta multitud furiosa los enfermos que Jesús había curado, los ciegos que había hecho ver, los sordos que había hecho oir, los mudos que habia hecho hablar, los muertos á quienes había abierto el sepulcro? ¿Vociferaban ellos también ese voto deicida, que Dios escucha sin piedad hace diez y ocho siglos?

El cobarde gobernador de la Judea cedió: libertó á Barrabás el asesino, y abandonó á Jesús á sus enemigos para ser crucificado

Así es, según lo habían anunciado los profetas, como fué recibido entre los suyos Aquel que se dió por el Hijo de Dios, el Mesías esperado, el Redentor del mundo; Verbo Eterno segun San Juan,

por quien todas las cosas han sido hechas; Aquel á quien San Pablo llama el heredero de todas las cosas, el esplendor de la gloria del Padre, y el carácter de su substancia; aquel Jesús, Hijo del Hombre, que hizo brillar en su vida mortal una pureza, una sabiduría, una santidad divinas; cuyas palabras elevadas y llenas de gracia sembraban en los espíritus una doctrina regeneradora y esparcían en los corazones los mas dulces consuelos; Aquel que pasó sobre la tierra haciendo el bien, buscando á los enfermos para curarlos, á los pecadores para salvarlos, á los pobres para sacarlos de su abyección; Aquel que no usó de su poder sobrenatural sino para aliviar los sufrimientos de los hombres; dulce, humilde de corazón, paciente, sabio y modesto; Aquel que no tenia ni aun donde reclinar su cabeza, aunque hubiera podido poseer todos los tronos de la tierra; lleno de una tan misericordiosa indulgencia que dejaba á la pecadora abrazarle los piés; que conversaba familiarmente con la mujer de Samaria, y devolvia perdonada á la esposa culpable que se le había conducido para que la condenase; Aquel que estaba animado de una ternura tan afectuosa y tan sensible, que deja á su discípulo reclinar la cabeza sobre su pecho

que se conmueve por todos los dolores; que tiembla èl mismo y vierte lágrimas al saber la muerte de su amigo Lázaro; que deplora con amargura las desgracias de su ingrata patria, de la ciudad pèrfida que le entrega á la muerte mas cruel en recompensa de sus beneficios. «¡Jerusalen! ¡Jerusalen! esclamaba, ¡cuántas veces he querido reunir á tus hijos como el pájaro reune á sus hijuelos bajo sus alas, y tú no has querido! ¡Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos!»

«Todo se sostiene en su persona, dice Bossuet: su vida, su doctrina, sus milagros. La misma verdad brilla en todas sus acciones; todo concurre á hacer ver en Él al Señor del género humano y al modelo de toda perfección. Èl anuncia altos misterios, pero da al mismo tiempo grandes luces, grandes ejemplos y grandes gracias. Él solo, viviendo en medio de los hombres y á la vista de todo el mundo, ha podido decir sin temor de ser desmentido: «¿Quién de vosotros me reprenderá de pecado?» (Discurso sobre la Historia universal).

Aun la moderna filosofía no ha podido rehusarle su admiración, ni dejar de tributarle este pomposo homenaje: «¿Se puede creer, dice Rousseau, que el que es objeto de la historia del Evangelio

no es mas que un hombre? ¿Se vè en él el tono de un entusiasta y ambicioso sectario?... ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! ¡qué elevación en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de espíritu, qué delicadeza y que justicia en sus respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentación? ¿Dónde había tomado Jesús entre los suyos esa moral tan elevada y pura de que él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oir la mas alta sabiduría, y la sencillez de las virtudes mas heróicas honra al mas vil de todos los pueblos» (Emilio).

X

Pero la muerte de Jesús es el comienzo de su reinado. La cruz es su triunfo: *In hoc signo vinces:* con este signo vencerás.

Jesús sube con penoso trabajo la montaña del Calvario, que va regando con su sangre; sucumbe bajo la pesada cruz que carga sobre sus espaldas, pero no marchará menos con la ayuda del cirineo al lugar de su suplicio.

Allí se le despoja de sus vestiduras, que se habían pegado á sus llagas; se le clavan los piés y las manos sobre una cruz; se le levanta de la tierra y queda suspendido de sus dolorosas heridas.

En torno suyo se agita un populacho ébrio de furor, que le prodiga sin piedad todo género de ultrajes y de amargas burlas. «Tú que has salvado á otros, tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo!» «Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz y creerémos en tu doctrina.» «Has puesto tu confianza en Dios, pues que él te salve!—«Tengo sed, dijo Jesús, abrasado por la fiebre de una horrible agonía, y un soldado inhumano le presenta al extremo de un palo una esponja empapada en hiel y vinagre. «¡Dios mío. ¡Dios mío! exclama en medio de sus angustias, ¿por qué me habeis abandonado?» Y este grito de extrema aflicción no es acogido sino por una bárbara ironía: «Llama á Elías; esperad; veamos si Elías viene á libertarlo!»

Hasta uno de los dos malvados entre quienes estaba crucificado, se creyó con el derecho de colmarlo de injurias.

Escuchad, sin embargo, al divino ajusticiado; no salen de su boca sino palabras de misericordia: «Padre mio, perdónales porque no saben lo que hacen.»

Y luego, volviéndose hácia el ladrón arrepentido, añadió: «Os aseguro que hoy estareis conmigo en el paraiso.»

Tres mujeres rodeaban su cruz: una de ellas era su madre! Jesús olvida sus sufrimientos para no ver sino los de esta Madre desolada. A fin de fortalecer su alma desfallecida: «Mujer, le dice con ternura, indicándole al mas jóven y querido de sus discípulos, hé ahí á tu hijo:» y dirigiéndose luego al discípulo, completó su pensamiento diciéndole: «Hijo: hé ahí á tu Madre.»

Después de esto, mirando en las profecías, según la expresión de Bosuet, y considerando que todo estaba cumplido, el Dios-Hombre arroja un grito, diciendo: «*¡Todo está consumado!* — Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.» El inclinando la cabeza, espiró.

En esos dias llamados justamente la gran semana, no oimos nunca al sacerdote repetir en el canto de la pasión esta exclamación de Jesús moribundo, sin que, en medio del silencio solemne que sigue á ella, sintamos un largo extremecimiento recorrer nuestro cuerpo, y un secreto terror apoderarse de nuestra alma.

Y tú, ¡oh tierra! ¿por qué tiemblas también? ¿Por qué, ¡oh sol! te cubres

con un crespón sangriento? ¡Velo del templo! ¿qué mano invisible te desgarra? ¿Quién os impulsa, ¡oh muertos! á romper las losas de vuestros sepulcros? Y vosotros, bárbaros verdugos, ¿por qué os golpeais el pecho y confesais ahora que *Aquel* era verdaderamente *el Hijo de Dios?*

Es que la última hora del viejo mundo ha sonado: el príncipe de este mundo corrompido ha colmado la medida de las iniquidades de que estaba ya lleno: ha vencido demasiado, y ha perdido en su mismo triunfo: va á ser ahora arrojado fuera

Satán no ha conocido quien era su víctima, ni que sangre hacia correr; no ha comprendido que esta sangre divina clamaría al fin venganza, por toda la sangre injustamente derramada; no ha sorprendido el secreto del cielo que le dejaba plantar en el Calvario el *árbol del dolor* para salvar la tierra, como le habia dejado plantar en el paraiso el *árbol del placer* que la habia perdido!

Mas volvamos nuestros ojcs hácia el Calvario. La multitud, saciada del espectáculo del suplicio, y espantada del trastorno de la naturaleza, habia abandonado el sitio: tres cadáveres quedan allí suspendidos de sus patíbulos, y en torno

de ellos reina el silencio pavoroso de la muerte.

En medio de este silencio, una corona y una inscripción hablan al mundo; proclaman la autoridad de Jesús de Nazaret, que ha sido saludado y consagrado *rey* por sus verdugos. *La cruz es su trono.*

¿Está allí, acaso el famoso potentado que esperaban los judíos? ¿Está allí el poderoso conquistador que debía subyugar la tierra, y atraer á sus piés á todos los reyes vencidos? ¿Está allí, por último, el divino Redentor que el mundo invoca hace mucho tiempo con todos sus votos?....

Sin alarmarse de la aparente humillación del héroe que anunciaba, el profeta-rey cantaba su alegría: «¿Por qué las naciones se han extremecido? ¿Por que los pueblos se entregan á vanas maquinaciones? Los reyes de la tierra se han sublevado, los príncipes se coligan contra el Señor y *contra su Cristo*. Aquel que habita en el cielo se reirá de ellos; el Señor burlará sus esfuerzos. Yo, *yo he consagrado á mi rey, le he consagrado sobre Sion* mi montaña santa; yo publicaré el decreto.»—«En ese dia, profetizaba Isaías, el vástago de Jessé será elevado como un estandarte á la vista de los pueblos: todas las naciones se

acogerán á èl, y su sepulcro será glorioso.»

Ha muerto en medio de grandes angustias, despues de sufrir un juicio; ha dado su vida para expiar el crímen; pero él tendrá una raza inmortal; y la voluntad del Señor se cumplirá por sus manos; yo le daré en patrimonio un pueblo numeroso, y El mismo distribuirá los despojos de los fuertes.»—Los habitantes de Jerusalen, predecía á su turno Zacarías, mirarán *hácia mí á quien ellos han traspasado*, y llorarán amargamente sobre mí como se llora sobre un hijo único, como se llora sobre un primer nacido.»

Pero si el Santo de Dios debía sufrir la muerte, no debía, para servirme de las palabras de David, resentir los daños de la corrupción; puesto que, por el contrario, en la noche de la tumba iba á contraer el gérmen de una vida nueva é inmortal. «Es necesario, decía frecuentemente el mismo Jesucristo á sus discípulos, es necesario que el Hijo del Hombre sufra mucho; que sea rechazado por los senadores, por los príncipes de los sacerdotes y por los doctores de la ley; que sea condenado á muerte y que resucite al tercero día.»

—«Esta nación pide un signo, decía, hablando en cierta ocasión á los judíos,

y no le será dado otro que el del profeta Jonás; porque así como este profeta ha estado tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así también el Hijo del Hombre no estará más que tres dias y tres noches en el seno de la tierra.— Destruid este templo, añadía mostrando su cuerpo, y yo lo reedificaré en tres dias.»

Los judíos no olvidaron estas predicciones de Jesús, y por lo mismo se reunieron en casa de Pilato, y le dijeron: «Señor, nosotros recordamos que este impostor ha dicho cuando vivía: Yo resucitaré á los tres dias: ordenad, pues, que se custodie el sepulcro hasta el día tercero.» — «Vosotros teneis guardias, respondió Pilato; id y haced lo que os parezca.» Fueron ellos, en efecto, al sepulcro; le cerraron bien; pusieron el sello sobre la piedra y colocaron centinelas. ¡Precauciones inútiles de la prudencia humana para luchar contra el poder de Dios!

En este tiempo, dos de los discipulos se dirigían á un lugarcillo llamado Emaús, y se entretenían en el camino conversando de lo que había pasado en la ciudad. Un viajero desconocido se reune á ellos y les pregunta: «¿De què os ocupais? ¿Por què os mostrais tan tristes?» Cleofas le respondió: «¡Què!

¿sois tan extraño en Jerusalen que no sabeis lo que ha pasado allí estos dias?» «¿Qué ha pasado, pues?» replicó el viajero. Ellos le refirieron entónces cómo Jesús de Nazaret era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de su pueblo; la manera con que los príncipes de los sacerdotes y los magistrados lo habian entregado para ser crucificado: «pero nosotros esperabamos, añadieron, y con nosotros otros muchos, que Él será quien dè la libertad á Israel.

Despues de todo esto, sin embargo, hénos ya en el tercer día despues de que han sucedido todas estas cosas. El viajero les dijo entónces: «Hombres faltos de inteligencia, corazones tardíos en creer lo que los profetas han anunciado! ¿No era preciso que el Cristo sufriese todo esto, y que entrase de este modo en su gloria?» Después, comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les explicó lo que estaba ya dicho acerca del Mesías Salvador en todas las Escrituras.

Hablando así, llegaron al pueblo, y los dos discípulos obtuvieron á fuerza de instancias, que el viajero se detuviese y sentase á la mesa con ellos. Habiendo tomado éste el pan, lo bendijo y lo partió dàndoselo. Al momento queda-

ron sus ojos abiertos y le reconocieron; pero Él desapareció. Admirados entónces se miraron el uno al otro: «No es verdad, dijeron, que sentíamos el corazón abrasado cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?...»

Al comenzar el dia en que pasaba este suceso, Maria Magdalena y la otra Maria fueron á ver el sepulcro. Derrepente se sintió un gran temblor de tierra, porque un angel del Señor descendiendo del cielo, vino á derribar la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Su semblante era como el relámpago y su vestido parecia deslumbrante nieve. Los guardias sintieron tal terror, que permanecieron lo mismo que muertos. Pero el ángel, hablando á las mujeres, les dijo: «No temais por vosotras: yo el que buscais á Jesús que ha sido crucsè ficado. No está aquí, *porque ha resucitado como lo había dicho.* Venid, ved *i*-lugar en donde se habia puesto al Señor». Al punto estas mujeres salieron del sepulcro poseidas de temor y trasportadas de gozo, corriendo á llevar la noticia á los discípulos. Al mismo tiempo se les presenta Jesús, y acercándose ellas le abrazaron los pies y *y le adoraron!*

¡Qué admirable contraste! ¡qué prodi-

gioso cambio! No hace todavia tres dias que se le colmaba de ultrajes sobre la cruz en que rendía su último suspiro, y hoy ya se le adora! «La muerte, esclama San Pablo, ha sido absorbida en la victoria! ¡Oh muerte! ¿dónde está tu triunfo? ¡Oh muerte! ¿dónde está tu aguijón?»

XI

No se sabria dar una idea de los trasportes de alegria que animaron á los discípulos á la noticia de la resurrección de su Maestro, ni del regocijo con que los fieles celebraron el dichoso aniversario.

Hoy todavía, despues de mil ochocientos años, en nuestro siglo de tibieza, hay pocos cristianos que no sientan una grande emoción en la fiesta de las Pascuas

A los acentos de tristeza, á las ceremonias lúgubres, al aparato luctuoso de los dias de la pasión, suceden de repente los cantos, los ornamentos de oro, las pompas de la alegria; el *aleluya* resuena, los altares brillan de luces y de vivos colores: la multitud inunda en oleadas los ámbitos de los templos, y las bóvedas sagradas resuenan con los graves sonidos del órgano que acompa-

ñan los himnos sencillos de los tiempos antiguos: «Que los cristianos ofrezcan un homenaje de alabanzas á Jesucristo, su Cordero pascual!—Se ha librado un maravilloso combate entre la muerte y la vida: el Autor de la vida triunfa de la muerte y reina sobre ella.—Decidnos, Maria de Mágdalo, ¿qué habeis visto yendo al sepulcro?—He visto la tumba vacía y á Jesús lleno de vida; he visto la gloria de su resurrección; he visto los ángeles testigos, el sudario y los lienzos que lo envolvian....»

Y se concibe fácilmente esta alegria.

La resurrección de Jesús es el hecho fundamental de su reino, la sancion de su divinidad, el sello de las promesas del cielo, el signo y la seguridad de la redención humana, el primer paso en la carrera, el primer triunfo, prenda cierta de todos los triunfos en el porvenir. «Si Jesucristo no ha resucitado, dijo el Apóstol á los corintios, nuestra predicación es vana y nuestra fé es vana tambien; *porqué estais todavía en vuestros pecados.*»

En efecto corrompiendo la libertad humana por el goce del placer prohibido, Satanás había producido la muerte; pero Jesucristo, santificando la libertad por el sufrimiento voluntario y generoso de una muerte inmerecida y

expiatoria del pecado del que había estado manchada, debía nacer la vida; porqué así como por la desobediencia de uno solo, un gran número han venido á ser pecadores, así por la obediencia de uno solo un grán número vendràn á ser justos; y como el pecado había reinado dando la muerte, del mismo modo la gracia reinará por la justicia dando la vida eterna.

Habiendo sido armada la muerte para continuar el castigo de la falta original, la derrota de aquel terrible ministro de la justicia vengadora, debería ser una señal cierta del advenimiento de la potestad regeneradora del mundo; era este el golpe mas grande al imperio de Satanás. ¡Levantad, pues, vuestra alma abatida, desterrados del paraiso terrestre! La muerte, el enemigo implacable, desesperación de vuestra raza desgraciada, ha sucumbido ya; y ahora sabeis que ya no es invencible, y que el alto poder que lo ha vencido, sabrá muy bien libraros de los tiros de sus dardos mortíferos.

El apóstol San Pablo es el que nos hace penetrar mas profundamente en el gran misterio de la resurrección; sus luminosas explicaciones hacen entender á nuestro dèbil espíritu que ellas tienen un orígen mas elevado que la nada de la ciencia humana. «Jesucristo, dice él, ha

sido revestido de carne y de sangre como nosotros y, por su muerte, ha destruído á aquel que tenía el imperio de la muerte, es decir, el demonio; y ha puesto en libertad á los que el temor de la muerte mantenía toda su vida en la servidumbre.

«Jesucristo resucitado de entre los muertos no muere mas; la muerte no tiene ya imperio sobre él. Ha muerto y ha resucitado, á fin de adquirir un imperio soberano sobre los vivos y sobre los muertos. El ha venido á ser las primicias de los que duermen en el sepulcro; porque si por un hombre ha venido la muerte, es por un hombre tambien por el que nos viene la resurrección; y como todos mueren por Adan, todos revivirán tambien por Jesucristo.

«No se habrá consumado todo, sinó cuando El haya entregado su reino á Dios, su Padre, y haya aniquilado todo imperio, toda dominación y todo poder; *porque El debe reinar hasta que Dios haya puesto á sus piés á todos sus enemigos; pero la muerte será el último enemigo que será destruido*, puesto que, según dice la Escritura, Dios ha abatido todo á los piés de la muerte, ha sometido todo á su poder. Y cuando ella dice que todo le está sometido, es indudable que debe exceptuarse al que le ha sometido todas las cosas.

«Y despues que todas las cosas estén sometidas al Hijo, el Hijo entonces estará él mismo sometido á Aquel que habrá puesto todo bajo su dominio á fin de que Dios sea todo en todos. (Epist. á los Corint. c. 15).

Resucitando á su Hijo, Dios, como se ha visto, no quería solo hacer un milagro notable, sino que se había propuesto tambien un gran designio; porque Jesucristo no había venido con el solo fin de morir y salir de la tumba para sorprender al mundo con un prodigio que la historia referirá con asombro, pero que habría sido infructuoso para la humanidad: los profetas le asignan una misión mas saludable, mas divina.

Ellos anunciaron de antemano que destronado el espiritu del mal, se restablecería en el mundo el reinado de Dios, el reinado de la verdad, de la virtud y de la dicha, sometiendo todos los hombres á su santa doctrina. «Pide, Hijo mio, le había dicho, y yo te daré las naciones por herencia y la tierra por imperio. Los pueblos te obedecerán en el dia de tu fuerza, en medio del esplendor de tus santos. Yo reduciré á todos tus enemigos á servirte de escabel. Tú establecerás la sabiduria sobre la tierra; las

islas lejanas recibirán tu ley; yo te daré por signo de alianza á mi pueblo, y por luz á las naciones».

Tales eran los destinos predichos á Jesucristo: destinos que no debían súbitamente cumplirse, pero sí seguir la marcha de la humanidad desarrollándose gradualmente con ella en su movimiento de regeneración. Pero este movimiento es lento; muchos siglos se sucederán todavía antes que la tierra haya llegado á la edad completa del Cristo. Esto no será sino al fin del tiempo en que las palabras proféticas hayan tenido completa realización. ¿No era entonces muy necesario que nos difundiésemos seguros en esta esperanza, á fin de saber si Jesucristo era verdaderamente el Redentor prometido, el guia que debía conducirnos por la senda de que nos hemos apartado desgraciadamente?

Jesucristo no rechazaba ya la herencia de gloria que le estaba reservada. «Reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin» decía el ángel al anunciar su nacimiento; y Él mismo comparaba su reino á un pequeño grano de mostaza, que, débil planta al principio, se elevaría por crecimientos sucesivos hasta tomar las proporciones de un árbol tan vasto, que llegaría á cubrir con su ramaje toda la

tierra, y á prestar el asilo de su sombra á todas las aves del cielo.

«Mi Evangelio, dice con seguridad, será predicado en todo el universo; id y enseñad á todas las naciones; yo atraeré todo hácia mí.» Sus apóstoles y sus discípulos no han cesado de repetir este lenguaje de su Maestro.

Era sin duda necesario que Jesucristo estuviese muy seguro de su misión y de su poder divino para apropiarse de este modo el porvenir; porque cada día un hecho contrario podría venir á desmentir sus palabras, y sepultar en la vergüenza y el desprecio sus audaces proyectos.

Con todo, era indispensable que probase al mundo que sus predicciones no eran las presuntuosas mentiras de un sectario entusiasta que, queriendo excitar una fé ardiente en el espíritu de sus adeptos, abusa de su imaginación y la exalta con promesas de un brillante porvenir, á fin de que ellos procuren con toda su actividad alcanzarlo; porque, como lo dijo San Pablo, si está anunciado que Dios debe conducirlo todo á los piés de Jesucristo, nosotros no vemos, sin embargo, todavía que todo le esté sometido. ¿Qué hará, pues, para demostrar que nada debe resistir á su voluntad dominadora?

Puesto que hay aquí abajo un poder superior á todo otro poder, que lo destruye todo, al hombre con su inteligencia, al animal con su fuerza, al vegetal con su tejido indestructible muchas veces en la apariencia, á la materia insensible, en fin, á pesar de la resistencia que opone su inercia, alcanzar la victoria sobre ese poder destructor y universal, ¿no era dar una prueba irrecusable de una capacidad de dominación soberana sobre la tierra?

Pero Jesucristo no vacila en luchar con la muerte, y parece sucumbir bajo sus golpes. La muerte cree haberle derribado como á tantos otros; mas vedle ya cual vigoroso atleta, burlando de repente el triunfo de su enemigo, salir vivo y resplandeciente del sepulcro.

Así es como ha sido vencido el primero, el mas alto poder del mundo: porque él no tenia fuerza contra el nuevo Adan, que subyugándolo, ha hecho ver que podia someterlo todo, y que le estaba reservado el dominio universal.

La cruz, pues, que parecía ser el signo de la derrota, ha venido á convertirse en estandarte de triunfo. Vano es que la muerte haya desplegado todos sus tormentos para aniquilar al Hijo del Hombre sobre ese lecho de dolor; la cruz se

levanta delante de ella y le recuerda su impotencia con una ironía divina.

XII

Como un gigante infatigable va á marchar á la conquista del mundo, y cuando todas las naciones hayan aceptado su yugo, y una tras otra se hayan prosternado á sus piés en una efusión de reconocimiento y de amor, ella aparecerá brillante de gloria más allá de las nubes del cielo, llevada por el Hijo del Hombre, que en su majestad vendrá á juzgar la tierra y á abatir para siempre la muerte, después de haberla hecho asistir á la ruina entera de su imperio: *In hoc signo vinces.*

Se puede ahora comprender el verdadero sentido de la resurrección de Jesucristo, la razón divina que presidió á este gran milagro. Era una realización anticipada de las profecías, una certidumbre de su cumplimiento; y los primeros fieles, que no pudieron como nosotros presenciar todos los prodigios verificados después por la cruz, empezaban á ser, viendo á ese Jesús muerto sobre ella y coronado de tanta gloria y de tanto honor, empezaban á ser, decimos, los testigos presentes de toda su grandeza futura; y nosotros mismos, que nos

encontramos colocados en un punto mas distante en el tiempo, sabemos de antemano é infaliblemente que la cruz no se detendrá en su carrera victoriosa; que sus enemigos, anunciando siempre y preparando en vano su ruina, sucumbirán sin poder acabar su obra impía, en tanto que ella, por el contrario, siempre triunfante y adorada, se elevará sobre ellos y gozará de un imperio perdurable.

Pero este triunfo permanente al través de los siglos y de los obstáculos de toda índole y especie, es la mayor esperanza y el consuelo supremo de la humanidad en las luchas constantes que debe sostener contra el principio del mal y del error y de las que saldrá victoriosa apoyada y sostenida por la cruz, símbolo de redención para el bien y la verdad y por ende para la civilización, el progreso, la libertad y el bienestar en cuanto es posible en esta vida, como patrimonio del género humano.

Las obras maravillosas y los triunfos espléndidos alcanzados bajo la égida de la cruz son los únicos que han glorificado y beneficiado á la humanidad.

Fuera de la redención por el cristianismo no hay paz, no hay felicidad, no hay dignidad ni grandeza para el individuo, ni para la sociedad. Este es el gran hecho y el gran testimonio de la

historia en favor de la divinidad de Jesucristo por la inmensidad de sus beneficios. Por eso en prenda de adoración y gratitud el orbe entero se prepara para rendir un solemne homenaje á Jesucristo Redentor en el tiempo y en la eternidad.

Y es digno de notarse, como ya lo advertía Montesquieu, que todo lo debemos al cristianismo, los bienes espirituales y temporales, la salvación presente y futura, cuando exclamaba: «¡cosa admirable! la religión cristiana que no parece proponerse sino la felicidad de ultratumba, constituye tambien y labra la felicidad de esta vida!»

Y esto es lo que ha venido á quedar declarado como dogma de fé por el inmortal Leon XIII en su Encíclica *Immortale Dei*: «Obra inmortal del Dios de misericordia, la Iglesia, por mas que en sí misma y en su naturaleza tenga por fin la salvación de las almas y la felicidad eterna, es sin embargo, aun dentro de la esfera de las cosas humanas, fuente de tantas y tales ventajas, que *no las podría proporcionar mas numerosas ni mayores, aun cuando hubiese sido fundada directamente para asegurar la felicidad de esta vida.* En efecto; do quiera penetró la Iglesia cambió inmediatamente la faz de las cosas y de las

instituciones é introdujo en las públicas costumbres no solo virtudes hasta entónces desconocidas, si que también *una civilización enteramente nueva*. Todos los pueblos que la recibieron se han distinguido por la suavidad de sus costumbres, su equidad y sus gloriosas empresas.»

Asi que esas grandes y hermosas instituciones y conquistas que constituyen la civilización y el progreso en el verdadero sentido de la palabra, nadie las ha proporcionado ni mas numerosas ni mayores que la iglesia católica; de donde resulta que S. S. León XIII no solo deshace el reproche que sus adversarios hacen á la Iglesia como enemiga de la civilización y del progreso, y de las ventajas meramente humanas y temporales, sino que proclama muy alto que todo eso se debe á la Iglesia como si hubiese sido fundada directamente para asegurar la felicidad de esta vida.

Debe por tanto el mundo civilizado rendir solemne homenaje á Jesucristo Redentor en el orden temporal y espiritual. Por lo tanto esperamos que el pueblo uruguayo y cristiano se unirá al concierto universal de los pueblos y naciones para rendir consciente y agradecido el homenaje que es debido al Redentor del mundo y regenerador de la humanidad.

Y á fin de que mas consciente y digno sea ese homenage de gratitud y adoración, aprovechad amados fieles, este tiempo clásico y propicio de la santa Cuaresma para meditar en los sublimes misterios de la pasión y muerte de Jesús, por las que nos mereció la redención ante el Dios Padre, y procurad haceros dignos del nombre de cristianos practicando las virtudes que nos enseña y observando sus divinos preceptos, porque solo asi podremos ser aceptados por Jesucristo como sus verdaderos discípulos, ya que no es tal el que se contenta con reconocerle por Señor, sino el que hace su voluntad.

Hacedlo asi y vivireis; mientras en prenda de nuestra afección paternal os impartimos la pastoral bendición en nombre de la augustísima Trinidad.

Dada en Montevideo, desde nuestra residencia arzobispal á los 29 dias del mes de Enero, Domingo de Septuagésima, del año del Señor 1899.

† MARIANO,
Arzobispo de Montevideo.

Plegaria por la República

Pedimos á los fieles que recen con fervor la presente plegaria por las necesidades espirituales y temporales de la República y que hemos tomado del oficio de Sexagésima.

Concedemos 80 dias de indulgencia por su devota recitación.

Deprecación—¡Levántate, oh Señor, y ven en nuestro auxilio! ¿Por qué haces como que duermes? Sabemos que abandonas á los que quieres perder; levántate y no nos desempares para siempre. ¿Cómo es que apartas tu rostro y te olvidas de nuestra tribulación? Postrados estamos ante tu divina presencia: levántate, oh Señor, socórrenos y libértanos.

Nosotros, oh Dios, conocemos por nuestra propia experiencia y nuestros padres nos han contado tus maravillas, ¿por qué no las reiteras en nuestro favor? (*Salmo 43*).

ORACIÓN

¡Oh Dios! tú, que ves que en ninguna de nuestras obras podemos confiar, concédenos propicio que nos defienda contra toda adversidad, tribulación y desgracia la protección de los santos Apóstoles Felipe y Santiago, Patronos de esta República. Por nuestro Señor Jesucristo. Amen.

† *El Arzobispo de Montevideo.*